

Miguel Ángel Tenreiro

La consentida

(2003)

 **yeshaliteraturaEdiciones**

La consentida

(2003)

Primera parte

I

De nada sirvieron las protestas de Jazmín ante su padre. Los argumentos que le daba para semejante decisión eran imperativos. Con el transcurrir de las explicaciones, que más que brindadas a una hija eran instrucciones para un subalterno, Jazmín fue comprendiendo que no tenía salida. Si quería seguir viviendo en el lujo, sin trabajar por el resto de su vida sin preocuparse por nada, si quería seguir satisfaciendo sus deseos y caprichos de inmediato, sin importar los costos, si quería seguir disfrutando una vida de privilegio, esa vida que era superior a la que le hubiera correspondido a una diosa griega, no tenía salida. No había leído un libro en su vida y jamás se había molestado por nada que no tuviera como objetivo directo su placer. Sin embargo, aun en la existencia de los dioses griegos o romanos, tarde o temprano hay que pagar un precio. Se paga por una cierta libertad, se paga por un poco de dignidad y hasta se paga por el simple placer. Ella, que ni siquiera les había concedido a sus padres el gusto de terminar de estudiar, ahora descubriría que tenía que empezar a pagar. ¿Cómo iba a estudiar, cómo iba a quedarse en ese colegio de lujo jugando al jockey y hablando en inglés con las pelotudas de sus compañeras, cuando podía estar esquiendo en Suiza, o vegetando en una playa del Caribe, o donde se le diera la gana? Si con toda la plata que tenía su familia podía contratar a quien fuera para ponerlo a su servicio, ¿para qué quería conocimientos?, era

una estupidez. Y ahora se enteraba de pronto que su mundo artificial se había desmoronado sobre sí mismo y que la única forma de sostener su estilo de vida era con un matrimonio de compromiso. Y además la culpa, ya que si no aceptaba sus padres y hermanitos conocerían la miseria en carne propia. Un matrimonio de conveniencia a principios del siglo XXI. Habían sido de lo más comunes durante toda la historia de la civilización, eran una estrategia para sumar fortunas familiares y asegurar su concentración en manos de los herederos, era garantizar el poder a la propia sangre. ¿Qué ganaría la familia del futuro marido? El acceso a propiedades y maquinarias que no podían ser vendidas pero sí explotadas si se invertían los capitales suficientes, los contactos de su padre con políticos y jueces, y la nobleza de familia de vieja alcurnia, que servía para los negocios y negociados como la cereza de la torta. Muchos nuevos ricos hubieran matado por tener ese lustre de vieja alcurnia, ese aire tan elusivo que tiene la inútil aristocracia criolla. Y a ella le sobraba. Jazmín hablaba con esa tonada de “barrio norte” que tanta gracia causa a los argentinos comunes, engolando la voz, pronunciando las erres patinadas y terminando las frases con un semitono de pregunta permanente, como si quisiera hablar el castellano con la cadencia del inglés de los patrones que desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX, se adueñaron del país con sus empresas, sus latifundios y sus costumbres civilizadas. Ella sabía muy bien que mientras se pasaba la gran vida, la mayoría de la gente se deslomaba trabajando todo el día, solo para sobrevivir. Sabía que las Villas Miserias estaban llenas de chicos y jóvenes de su edad que se iniciaban en la prostitución luego de ser violados por sus propios padres o hermanos, que a su misma edad muchas mujeres cargaban con tres o cuatro hijos y envejecían prematuramente, que la mayoría de ellos tenían el cerebro reventado de aspirar pegamento desde los tres o cuatro años y que en adelante solo les quedaba seguir dándose con todo lo que pudieran conseguir.

La discusión transcurrió por estos y otros tópicos similares, y la fue ganando la impresión de que no tenía alternativa, ni siquiera tenía

derecho a quejarse, de que por su culpa terminarían vagando por las calles y comiendo de la basura como perros abandonados, como tanta gente en tantos lugares del mundo. Finalmente aceptó la imposición de su padre como si estuviera haciendo un trato, aunque así no fuera. Por el bien de la familia, por el bien de sí misma, finalmente aceptó.

II

No lo conocía. Fueron a almorzar a un restaurante para verse por primera vez acompañados cada uno por su respectivo padre. La madre de Marcos había fallecido y la de Jazmín, que aunque estaba separada hacía tiempo de su padre vivía en la misma casa, fue excluida. Ya que se trataba de un negocio, no tenía nada que hacer en esa primera reunión. Aunque Marcos sólo tenía treinta años, ella con sus diecisiete lo veía como a un viejo, y para colmo un viejo inútil, ya que se había pasado casi toda su vida en la joda. Un play-boy que un par de años atrás había sido forzado por su padre a ocupar la presidencia de una de las compañías familiares. Ahora se lo podía presentar como a un hombre de negocios aunque ni siquiera tuviera idea de qué significaba eso, y lo peor de todo era que ya no podría dedicarse con despreocupación adinerada a jugar al polo. Él también se había opuesto a la proposición de su padre, y si bien todavía no habían podido sacarle su consentimiento ni siquiera con la amenaza de cortarle los fondos, había ido a la reunión más por curiosidad que por otra cosa. Cuando la vio se entusiasmó de inmediato, ¡la pendeja era una preciosura! Se saludaron dándose la mano, y la comida transcurrió con la animada charla de sus padres centrada en los futuros negocios mutuos y las implicancias de una alianza de sangre en sus ambiciosos proyectos. Ella no tenía ganas de hablar y Marcos sabía que si decía más de cinco palabras juntas notaría de inmediato su banalidad, así que fue lo suficientemente astuto para hablar poco. Quedaron en encontrarse en un

par de días en una reunión familiar, en la casa del padre de Jazmín, y se despidieron, esta vez con un roce de mejillas que hizo las veces de un cortés y lejano beso.

El padre de Marcos estaba contento, su hijo había entrado como un caballo, ¡ya se la quería voltear! Como a todas esas modelitos estúpidas, como a todas esas secretarias diligentes. “Por lo menos esta vez va a servir para algo”, pensó imaginando el producto, un nieto. Así alguien heredaría el fruto de tantos esfuerzos, así algo de él quedaría por siempre en este mundo, generación tras generación. ¡Los pobres se reproducen tan rápido!, y él hasta esto había tenido que manejar. En fin, ya estaba arreglado. “Si no le hace un hijo a esta piba es que no sirve absolutamente para nada —pensaba— y con un poco de suerte mi nieto será un poco menos imbécil que mi hijo”.

III

Se arregló el matrimonio para dos meses después, quedando la organización a cargo de algunos empleados de confianza. Ella no se ocuparía de nada, quería tener que ver lo menos posible e inclusive ni enterarse de los programas para la ceremonia y las fiestas. Para su familia era imprescindible cumplir con la parafernalia ridícula de estos eventos. Tenían que estar a tono con las exigencias de su entorno social, después de todo esa era una de las razones para este casamiento. En esos dos meses Jazmín y Marcos se encontraron varias veces para cenar o almorzar con sus padres, y apenas cruzaban algunas palabras ya que ella se mostraba impermeable a cualquier intento de acercamiento. Seguían siendo extraños, Jazmín hacía lo imposible por ignorarlo y Marcos a pesar de estar cada vez más resentido por esta actitud, también disfrutaba de alguna forma. Anticipaba con lascivia el momento en que tuviera a esa cogotudita entre sus brazos. La única satisfacción que tuvo Marcos en esos días, fue la admiración y envidia lujuriosas

que le manifestaron con los más groseros comentarios sus amigos. Pero tuvo que hacer malabarismos para que Jazmín no lograra hacerle pasar vergüenza frente a ellos. Sabía que si intentaba presentárselas, Jazmín no dejaría pasar la oportunidad de asestarle una ofensa arrasadora, así que sugirió que se fueran presentando a sí mismos, fingiendo que tenía que atender algún asunto urgente y rezando porque ella se comportara en forma mínimamente conveniente. Se mantuvo lejos pero expectante y para su alivio Jazmín no solo intercambió algunas frases amables con cada uno de ellos sino que también estuvo simpática y por momentos encantadora, festejando con su risa algún comentario gracioso de sus nuevos admiradores. La risa de Jazmín, esa carcajada brutal que ella soltaba sin ningún decoro, lo encandilaba. Por qué no podía reír así con él, por qué ni siquiera una sonrisa aunque más no fuera por piedad. Era curioso, no conocía a ninguno de sus amigos y los trataba infinitamente mejor que a él, que tenía que permanecer alejado, escondido por la distancia. Así pasaron todas las etapas de la boda, entre la indiferencia de ella y el acecho anhelante y paciente de él. Casi de inmediato tomaron un avión hacia el Caribe. Pasarían dos semanas en las playas paradisíacas.

Marcos no había podido ni siquiera tocarla, no se habían besado ni en la iglesia ni en el registro civil ya que ella le había vuelto la cara desairándolo en público, dejándolo avergonzado ante parientes y amigos. Actitudes como esa y peores le había dedicado Jazmín al pobre Marcos, que todavía no se acostumbraba a la degradación altanera que ella le provocaba en cada oportunidad que se le presentaba. No se iba a acostumbrar nunca, aunque cada vez se recuperaba más rápido del estado de mortificación en que quedaba. Tampoco había habido oportunidad de acercamiento luego de la fiesta. El avión salía en un par de horas y tuvieron que correr al aeropuerto. Ahora ella había reclinado el asiento para dormir un poco y Marcos aprovechaba ese momento de rara tranquilidad a su lado para observar complacido la belleza de su esposa, podía mirarla sin que lo censuraran los desplantes silenciosos de la chi-

ca, podía observar con impudicia su escote, sus piernas, incluso podía babearse si quería. Deseaba ya acostarse con ella, lo antes posible. Estos meses de espera y la actitud desafiante de Jazmín, que paradójicamente había aceptado el arreglo matrimonial con menos resistencia que él, habían fermentado sus pasiones al límite de lo que podía aguantar. Que fuera una extraña no sería problema, él se había acostado siempre con extrañas. ¿Jazmín iría a la cama con la misma mansedumbre con la que había sobrellevado este proceso, o tendría que forzarla un poco? ¿Sería virgen acaso? No era imposible dada su juventud, y no importaba, lo iba a disfrutar igual, lo iba a disfrutar muchísimo.

IV

Llegaron al lujoso hotel frente a la playa donde tenían reservada una de las mejores habitaciones. Marcos caminaba detrás de Jazmín con los ojos fijos en el precioso culo de su esposa. Al entrar en la habitación sonrió complacido ante la inmensa cama que los esperaba. Miró a Jazmín, que de inmediato desvió los ojos poniéndose colorada. “Hay tiempo, hay tiempo —pensó Marcos— ahora mando yo”. Fue al baño arrepintiéndose de todo lo que había tomado en el avión, porque lo obligaba a retrasar unos segundos su obsesión, pero al salir se encontró con la sorpresa de que Jazmín no estaba. Solo su valija abierta arriba de la cama. Salió al corredor y estaba desierto, intrigado fue hasta la recepción del hotel. Había tardado tres o cuatro minutos en el baño, ¿cómo había desaparecido así? El conserje le dijo que sí, que acababa de ver a su señora ir hacia la playa, frente al hotel. Hacia allí fue Marcos para encontrar a Jazmín recostada en una reposera tomando sol en el balneario repleto de turistas de diversas nacionalidades. Estaba espléndida, con su cuerpo magnífico, con esa frescura que solo da la juventud, perfecta. Tanta belleza lo encandilaba y el pensar que era suya se le disipó el enojo. ¿Cómo había hecho tan rápido? Debería

haber llevado la malla puesta bajo la ropa, era la única explicación. Prácticamente se había escapado. ¿Le tendría miedo a él, a la relación sexual que se insinuaba irremediable?

—¿Cómo te fuiste así? —preguntó Marcos con toda la amabilidad posible.

Ella, lánguidamente abrió los ojos por un segundo, lo miró con desprecio de refilón y los volvió a cerrar. Marcos sonrió resentido. Si había algo claro, era que en ella no había temor. “Está bien putita, me cagaste otra vez”, pensó. Se quedó sentado un rato junto a la reposera, admirando el cuerpo de su mujer cubierto solo por una tanguita minúscula, mientras ella cada tanto se ponía boca abajo o boca arriba para tostarse parejo. Y mientras Jazmín se empeñaba en ignorarlo él siguió pensando “Disfrutá tus desplantes, en cuanto vuelvas al hotel te voy a dar tanto, pero tanto, que vas a haber preferido que te violara un regimiento”, y se fue a esperar a la habitación, donde se quedó el resto de la tarde dando vueltas como un león enjaulado. Se bañó con lentitud y se vistió sólo con un slip y la salida de baño. Así esperó, tomando un whisky tras otro. Las horas pasaron y Marcos empezaba a pensar que Jazmín le había hecho otra jugada. Ya eran las ocho de la noche, debería hacer frío en la playa, ¿no se habría ido esta guacha? Cuando Jazmín entró a la habitación, suspiró aliviado. Mientras se desanudaba el pareo de la cintura, pasó junto a él camino hacia el baño y sin mirarlo dijo al aire, como si hablara sola.

—Voy a darme una ducha.

Marcos la tomó del brazo y hablándole con firmeza por primera vez le dijo:

—Después nos bañamos juntos.

Jazmín se soltó bruscamente y con toda la furia en la cara le preguntó a los gritos:

—¿Qué carajo te pasa?

—A mí nada, a vos te va a pasar de todo —contestó Marcos sonriendo mientras intentaba abrazarla.

—¡No te pasés de la raya, boludo!, lo nuestro es solo un contrato comercial, entre nosotros no va a haber nunca nada, ¿o pensaste que yo iba a darle bola a un infeliz como vos?

Marcos tiró la salida de baño a un costado y mientras se sacaba el slip dejando la erección de su imponente verga a la vista le dijo:

—Desnudate y tirate en la cama.

Ella se dio cuenta de pronto que ya no dominaba la situación e intentó salir corriendo de la habitación, pero Marcos la alcanzó antes de llegar a la puerta y la llevó de los pelos hasta la cama. La acostó boca abajo y se sentó sobre sus nalgas, le desabrochó el corpiño para tirarlo lejos y luego tomó las cintas transparentes que sostenían la tanguita cruzando a los costados de sus caderas y en un solo movimiento se retiró para atrás quedándose con la última prenda en sus manos. Jazmín, todavía dueña de sí misma, no perdió tiempo siquiera en mirarlo e intentó gatear rápidamente hacia el otro borde de la cama para correr a encerrarse en el baño. Marcos fue otra vez más rápido y la agarró de un pie, la arrastró hacia él haciendo caso omiso de los gritos, los insultos y los manotazos de la joven, y la puso boca arriba. Sujetándola de los tobillos le levantó las piernas y se le acostó encima. Solo soltó brevemente uno de los tobillos para guiar su pija endurecida al máximo hasta la entrada, entonces, recibiendo los manotazos de Jazmín, empujó hasta el fondo con todo su peso de una vez, entrándole hasta los huevos. Ella detuvo su lucha en forma súbita y se quedó quieta unos instantes, asombrada y vencida. Él hizo algunos movimientos lentos y muy medidos, mirando alternativamente la cara de Jazmín y su concha, por donde su pija entraba y salía en un movimiento suave, pausado, de apenas unos centímetros. Sonrió francamente cuando sus ojos se encontraron con los de ella y le preguntó:

—¿No me estaré pasando de la raya, no?

Aprovechando que Jazmín todavía parecía no reaccionar, Marcos le soltó los tobillos dejando que las delicadas piernas bajaran a los costados de su cuerpo. Ya acostado sobre ella, pegado un cuerpo contra

el otro, le pasó el brazo derecho bajo la espalda en diagonal, tomándole con la mano el hombro y su antebrazo soportando su propio peso. Luego pasó el brazo izquierdo bajo el cuerpo de Jazmín donde su mano trató de abarcar las nalgas suaves y firmes de la joven. Entonces ella retomó su resistencia más por orgullo que por la esperanza de zafarse y mientras le clavaba las uñas en los hombros y espalda, ponía la cara de un costado al otro para que Marcos no la besara en la boca, repitiendo una y otra vez con los dientes apretados:

—¡Hijo de puta, hijo de puta!

—Tranquila chiquita —le decía él susurrando—, tranquila que esto va a durar, si de algo sé es de esto, así que andate suavizando. Marcos se movía apenas, con una lentitud que hacía evidente que estaba saboreando ese placer. Se había estado conteniendo mucho tiempo, y aguantándole la falta de consideración, las humillaciones públicas y los desplantes.

Se le soltó alguna lágrima a Jazmín, más de enojo que de otra cosa. El mismo enojo con el que trataba de disimular el placer que había sentido desde el primer momento de la penetración y que se hacía creciente en cada leve movimiento de Marcos. Cuando se le escapaba sin darse cuenta un gemido, de inmediato lo seguía con la repetición como una letanía de la única frase que venía a su mente, la única que podía articular.

—¡Hijo de puta, hijo de puta!

Pero no podía disimular el endurecimiento de sus pezones, ni que entre sus piernas se chorreaba. Y no era una descarga de él, que evidentemente tenía un control formidable y la estaba haciendo larga. Era ella y lo peor era que él se iba a dar cuenta, eso la ponía más furiosa todavía. Mientras lo tuviera arriba no tenía otra alternativa que soportarlo, soportar el dolor y soportar el placer. En los papeles eran marido y mujer pero la estaba violando. Le vino un orgasmo intenso que intentó disimular encubriéndolo con la furia que le salía de los ojos, del gesto fiero, de la tensión de todo su cuerpo.

—¡Hijo de puta! —repetía cada vez que se acordaba.

Para no retorcerse de placer se ponía rígida, con los músculos como abarrotados en un tremor de varios minutos, lo que podía haber pasado por un suave ataque de epilepsia o a su pesar, por una infrecuente manera de manifestar el gozo extremo. No solo la estaba violando, la estaba haciendo disfrutar a la fuerza, y así tuvo un orgasmo y después otro, haciendo increíbles esfuerzos de voluntad para que pasaran desapercibidos. Marcos seguía en lo suyo, manteniéndola aprisionada bajo su cuerpo pero sin aplastarla, como si al mismo tiempo quisiera cuidarla. Parecía como si pretendiera quedarse así por el resto de su vida, estaba muy concentrado en disfrutar sin descontrolarse, sin terminar. Sólo alguna que otra vez le habló a ella al oído, para susurrarle:

—¿Está rico mamita, te va gustando?, ¿eso mi chiquita, eso!

Jazmín ya había pasado del cuarto orgasmo sin querer concederle a Marcos la posibilidad de que algo de lo que le hacía lo estuviera disfrutado. Ya se había quedado quieta, no trababa de pegarle, no porque no quisiera, ya que lo hubiera matado ahí mismo si fuera posible, sino porque se había dado cuenta de que era infructuoso y se encontraba físicamente agotada. Además, el cuerpo de Marcos, atlético y fuerte en su madurez, parecía absorber los golpes y arañazos sin molestarse. No había intentado morderlo, sabía que no podía pasar ese límite, sabía que si Marcos le soltaba instintivamente un puñetazo, podría resultar devastador. Pero todavía le faltaba una pequeña humillación a la altiva joven. Marcos, que había mantenido su mano izquierda bajo las nalgas de Jazmín, le recorrió la raya de culo con el dedo mayor y aplicó una presión sostenida para entrarlo. Jazmín se sacudió por primera vez en varios minutos.

—¡Salí, eso no!

—¿Qué pasa, muñeca? —preguntó Marcos mientras el esfínter cedía de golpe para tragarse su dedo hasta la mitad.

—¡Sacame el dedo del culo, hijo de puta!

Pero él terminó de entrárselo hasta el nudillo y lo dejó allí mien-

tras reactivaba sus movimientos pélvicos. Era evidente que el enojo de Jazmín después de su quietud, lo había sobreexcitado y ya no podría mantenerse, iba a terminar por fin. Pegó su mejilla a la de ella, para decirle:

—¿No se habrá ofendido la señora?

—¡Hijo de puta!

—Es para romper el hielo mi amor, así nos vamos conociendo mejor.

—¡Me las vas a pagar hijo de mil putas! —prometió Jazmín al borde de otro orgasmo y terminando de excitar a Marcos.

Él apuró más sus movimientos y empezó a empujar con fuerza al tiempo que le explicaba:

—Te estoy preparando para cuando te haga la colita.

Jazmín debió repetirle sus puteadas algunas veces más mientras apretaba los dientes y transformaba su cara en una mueca feroz para no demostrar el placer que la recorría. Él ya no escuchaba, estaba descargando tanto deseo contenido. Luego, aunque sus movimientos se hicieron mucho más lentos y pausados, siguió todavía bombeando un poco más. Entonces le sacó el dedo y apoyó sus antebrazos a los costados del cuerpo de la chica. Quería quedarse allí, descansando sobre ella mientras se recuperaba de la agitación y del placer. Estaban empapados de sudor y él le dijo al oído:

—Te puse toda la lechita.

Ella solo contestó, ya inexpresiva:

—Hijo de puta.

V

En verdad que Marcos había aguantado mucho desde que su padre hiciera los arreglos y él conociera a Jazmín. No era violento pero esa noche se había soltado su frustración. Ella había llegado a hacerle

una de las peores cosas que se le puede hacer a otra persona, no sólo lo había insultado públicamente, no sólo le había faltado el respeto reiteradamente, no sólo lo había hecho sentir un idiota en cada ocasión que se le presentaba, también lo había ignorado. Él hubiera querido ser capaz de construir otro tipo de relación pero la capacidad no era su punto fuerte. Uno de los gerentes de carrera de las empresas de su padre se lo dijo bien clarito el día en que lo despidieron “Si no fuera por la guita de tu viejo, estarías limpiando baños”. Él sabía que era así, él sabía que todos sus allegados pensaban algo parecido de su persona, pero no había esperado nunca que la que tenía que ser su esposa por obligación, hubiera llegado aún más lejos en su afán por despreciarlo. Había aguardado con paciencia este momento y lo había consumado como una venganza. No se arrepentía, lo había disfrutado mucho. Aunque no la pudiera volver a tocar en su vida, habría valido la pena. Ella nunca lo hubiera amado, ni siquiera le habría dado la oportunidad de acercarse afectivamente. Después de esa relación forzada que él no hubiera calificado nunca como una violación, sabía que inclusive la amistad iba a ser imposible entre ellos.

Todavía estaba sobre ella, que no se movía en absoluto. Hubiera querido recuperar la erección y volver a cogérsela pero no podía, a pesar de que era tan joven no podía. Ya había puesto todo por esa noche, estaba muy cansado así que finalmente giró a un costado liberando el cuerpo de Jazmín y se durmió. Despertó cerca del mediodía, estaba solo en la cama, Jazmín se había ido.

“¿Me habrá dejado, habrá vuelto con su familia?”, se preguntó Marcos mientras se bañaba. Luego se dio cuenta al secarse de que algunas de las toallas estaban húmedas, Jazmín se había bañado antes que él. También estaba su valija y su ropa. No era un dato determinante, tranquilamente podría abandonar sus cosas, le sobraba para comprarse todo lo que le hiciera falta. Fue al restaurante del hotel con la idea de tomar un desayuno tardío y al pasar por la recepción volvió a preguntar, aunque ya le resultaba incómodo, si habían visto a su esposa.

—Sí, salió temprano para la playa —le contestaron.

Le resultaba muy extraño, no era congruente que con la furia y el odio que le había manifestado Jazmín por la noche, ahora estuviera en la playa. Fue de inmediato hacia allá y se encontró con el pareo de ella colgado en la carpa, y como no la veía, se acercó al guardavidas y le pidió los binoculares. Había muy poca gente en el agua, así que se los prestaron unos minutos. Recorrió la orilla y la encontró saltando entre las olas, disfrutando del mar como solo pueden hacerlo quienes no tienen preocupaciones. Su cuerpo magnífico, su risa cuando una ola lograba revolverla, su juventud irradiándole por la piel bronceada. Era cautivante y se comportaba como si no hubiera pasado nada. ¿Lo habría perdonado, tendrían tiempo todavía para reconstruir la relación? Cuando Jazmín volvió a la carpa, Marcos estaba absorto y confundido, sin saber qué decir ni qué esperar. Ella lo ignoró, ni siquiera un reproche, ni una mirada. Sólo se le había borrado la sonrisa apenas verlo, se le había endurecido el gesto y su frialdad absoluta le llegó haciéndolo tiritar por un momento. Se secó, acomodó la reposera y se acostó a tomar sol. Marcos se quedó solamente unos instantes, estaba incómodo, se sentía desubicado y no podía iniciar una conversación. Volvió al hotel, comió algo y se quedó dando vueltas por ahí. A la tarde fue otra vez a la playa cuando ya estaba bajando el sol. No se acercó a la carpa donde estaba Jazmín, la vio de lejos tendida al sol, yendo cada tanto hasta el mar. Caminó un poco, primero hacia un lado de la orilla luego hacia el otro, manteniéndose lejos de ella, fuera del alcance de esos ojos que lo censuraban y lo hundían en el desprecio. Mientras volvía al hotel, se fue dando cuenta de que ella estaba otra vez controlando la situación.

Jazmín volvió a la habitación y de lo que había pasado entre ellos y cómo había pasado no se dijeron nada, ni de eso ni de ninguna otra cosa. Cenaron cada uno por su lado y durmieron en la misma cama. Él no la tocó, tuvo extremo cuidado en no rozarla siquiera. Ella se quedaba, se quedaba allí, incluso dormía con él. Marcos estaba des-

concertado, ¿tramaba algo Jazmín? Claro que sí, le hervía la cabeza buscando el mejor camino para hacerlo sufrir. Cortándolo con el frío de su indiferencia, machacando una y otra vez sobre su culpa cada vez más evidente, ella sabía que terminaría destruyéndolo si Marcos era tan tonto como para quedarse. Pero esa estrategia era como la gota que horada la piedra, iba a llevar mucho tiempo y Jazmín no estaba acostumbrada a esperar, no sabía lo que era la paciencia, nunca la había necesitado.

VI

Pensó en hacerlo cornudo en su misma luna de miel para acelerar un poco las cosas. A la mañana en vez de irse a la playa como él esperaba, se quedó. Se entretuvo en pequeños quehaceres, como limarse las uñas, revisarse el cutis, mejorar su depilación impecable. Marcos no soportó mucho y se fue a dar una vuelta, a tratar de despejarse. La presencia de su mujer era paradójicamente una presencia ausente y aunque él adivinaba su intencionalidad, lo hería. Su movimiento sinuoso e incitante a su alrededor lo excitaba y se fue para no hacer otra estupidez y tratar de tranquilizarse. Apenas Marcos salió, ella pidió que le mandaran una botella del mejor champagne. La llevó el joven botones que habitualmente estaba de turno a esa hora. Ya lo había visto el día anterior y a pesar de que el muchacho no había dado la más mínima señal, Jazmín estaba segura de que su belleza lo había conmocionado. Tendría apenas un par de años menos que ella y era uno de esos chicos que aprovechaban la temporada turística para tomar un trabajo estacional. La venganza no por obvia dejaba de ser eficiente, además era solo el principio. Jazmín quería que al volver su marido, todo el personal del hotel supiera que el camarero se había acostado con ella. Sabía que la noticia se iba a correr en minutos y sabía que ningún hombre deja de percibir ese ambiente enrarecido que se crea a su alrededor

cuando todos saben lo que él se empecina en ignorar. Se iban a reír de Marcos, los mismos empleados que vivían de gente como él, gente a la que trataban como si fueran superiores solo por su poder económico y por su posición social. Lo iban a seguir tratando igual pero ahora a todos les iba a brillar la mirada y si hay algo que un millonario no soporta, es ver que la gente que lo rodea esté feliz. Cabía la posibilidad de que Marcos regresara antes de tiempo pero eso a Jazmín no le preocupaba, si así se daba que así fuera. Cuando el empleado entró con el pedido, ella solo tenía puesto un corto y provocativo camisón rosado, casi transparente. Hizo pasar al jovencito, que la miraba lo menos posible para no turbarse, le hizo servir un poco en una copa y le pidió que se la alcanzara, pero en vez de agarrarla metió dos dedos en el champaña y se los chupó comentando “Un poco seco, vamos a ver si encuentro algo más húmedo”. El empleado se quedó quieto, no sabía si tenía vía libre o simplemente lo estaban histeriqueando. No hubiera sido nada raro que después de semejantes señales le cortaran el rostro, y aun de que lo acusaran de querer propasarse. Ella dejó deslizarse el camisón al piso, a través del pantalón palpó la pija endurecida y le dijo “Mejor vamos a probar cómo está esta cosita que parece tan rica”, y empezó a caminar hacia atrás trayéndolo hasta que se tropezaron con la cama y cayeron juntos. El chico estaba totalmente vestido y apenas tuvo tiempo de abrirse la bragueta para sacar un choto aceptable, pero a punto de descargar. Jazmín se dio cuenta de que no había tiempo y se lo agarró para ponérselo ella misma, pero apenas lo manoteó el joven soltó involuntariamente su semen copioso, haciendo un enchastre. Hizo algunos movimientos tardíos, y afuera. Jazmín lo esperó unos segundos y luego se lo sacó de encima a los empujones diciéndole:

—Tomátelas, y ni sueñes con otra oportunidad, inútil —y se fue a bañar.

Cuando Marcos volvió, algo le molestó al cruzarse con cada uno de los empleados. No sabía bien qué era pero lo incomodaba y se agregaba a todos los malestares de esa fatídica luna de miel. Jazmín

se había puesto el pareo sobre la malla a modo de pollera y se cruzó con él en la puerta. Ni siquiera lo miró, era evidente que iba a pasar la tarde en la playa. Él entró y notó la cama revuelta, las sábanas con sus manchas húmedas y pegajosas, y ese olor ácido inconfundible. Se sentó y se quedó inmóvil, incapaz de alguna reacción. La situación lo había sobrepasado.

VII

Jazmín pasó la tarde retozando en la arena, como ya era su costumbre, como si fuera una adolescente consentida sin más ocupaciones que disfrutar. Ningún hombre podía dejar de verla, admirarla, desearla. Al anochecer el lugar quedó prácticamente despoblado de bañistas. Jazmín sacó de su bolso un antiguo prendedor del que se había apropiado del alhajero de su madre. Era circular, de unos cuatro centímetros de diámetro. Un borde fino de metal amarillo enmarcaba una piedra lisa y roja, imitación barata de un rubí. Podría haber sido adecuada para el vestido negro de una señora mayor que tuviera mal gusto. En ella estaba fuera de lugar en cualquier circunstancia menos en esta. Fue hasta el baño y se metió en la ducha, se sentó en un banco y sacó una bola de algodón abriéndola por la mitad con los dedos sin terminar de separar las partes. Enderezó el largo y grueso alfiler de bronce del prendedor hasta que quedó en ángulo recto. Luego introdujo la parte adornada del prendedor entre las hojas de algodón atravesando una de las caras con el alfiler. Le quedó una bola de algodón de la cual salía el alfiler. Se bajó la malla y se introdujo la bola blanca en la vagina empujándola hacia dentro. Se vistió canturreando de contenta:

—Te voy a enseñar a pinchar, sorete a pilas.

Entró a la habitación más felina e insinuante que nunca y lo ignoró como siempre. Marcos había pasado toda la tarde encerrado, las sábanas sucias seguían ahí. Jazmín empezó a preparar la ropa para bañarse.

Él estuvo a punto de hablarle, de gritarle, de pedirle explicaciones, de recriminarle y acusarla. Había estado esperando todas estas horas solo para eso pero ahora se daba cuenta de que así ella acentuaría su dominio. Entonces sin mediar palabra, cuando ella entraba al baño se le abalanzó y agarrándola del brazo la arrastró hasta la cama, mientras ella le gritaba “¡Soltame hijo de puta!”. La acostó boca arriba y le agarró la cara con la mano para que dejara de gritar y para que no pudiera volverle el rostro de costado. Acercó su cara a la de ella y le dijo con suavidad:

—Está bien putita, me cagaste, me voy a ir a la mierda, te voy a dejar para siempre, voy a soportar el papelón social que me dejará marcado por el resto de mi vida y nuestros padres tendrán que meterse sus sucios negocios en el orto —decía— voy a pagar un alto precio por todo eso, pero ahora voy a gozar.

Jazmín logró zafarse de la mano que le apretaba la cara como la garra de un ave de rapiña, y comenzó a patear y manotear tratando de pegarle. Él le arrancó la malla y sujetándola del pelo la puso boca abajo. Pasó la otra mano bajo ella haciéndole levantar el culo. Ya estaba en erección total, apenas acomodándose, empujó con una embestida brutal hasta el fondo. Ella emitió un gemido sordo, y él se quedó quieto de pronto, con un asombro inconmensurable, sin mover un músculo, sin siquiera respirar. Se puso pálido y miró hacia abajo. De la concha de Jazmín chorreaba sangre, la sangre de él que todavía no podía imaginar nada, solo sentir. Se retiró hacia atrás, la erección había desaparecido y en gran medida eso había contenido la tremenda hemorragia. Ella se acurrucó al otro extremo de la cama y lo miró por primera vez con toda la atención puesta en él. Estaba fascinada. Marcos solo atinó a apretarse los genitales con las dos manos y sin emitir sonido se desmayó. Jazmín fue hasta el baño, se metió los dedos hasta encontrar el alfiler y lo sacó. Lo puso sobre el borde superior del botiquín. Se lavó, se vistió y se fue a pasear con la idea de encontrar a su marido inexplicablemente herido, quizás hasta muerto cuando volviera. Ya vería entonces cómo manejaba la cosa. No tenía nada que temer,

los abogados de su padre eran capaces de demostrar la inocencia hasta del señor de la Luz. Si es que Marcos se atrevía a hablar, porque si la historia corría no iba a poder mostrar la cara en ninguno de los lugares que solía frecuentar. Sería como un destierro, y un destierro suele ser peor que la muerte. No tenía nada que temer.

VIII

Se fue de shopping, miró vidrieras, se compró un montón de cosas que no necesitaba y volvió como si nada. Había un revuelo en el vestíbulo y el conserje le avisó que habían llevado a su marido al hospital, que lo había encontrado una de las mucamas lastimado en la habitación. Jazmín fue hacia allí con desgano, sin siquiera molestarse en fingir preocupación, y encontró que estaban limpiando y la esperaba un guardia de seguridad. Éste le comentó que su esposo tenía una herida en los genitales y que habían llamado una ambulancia. Quería saber si ella podía tener alguna idea de lo que había pasado, porque si lograban dar una explicación coherente, evitarían que la policía se encargara de las averiguaciones y era mejor para todos. Le comentó también que Marcos había recuperado la conciencia, que parecía fuera de peligro, pero que no quería decir nada. Ella preguntó:

—¿Está seguro de que no quiere declarar?

—No quiere ni pronunciar palabra.

—¡El muy putañoero!, habrá traído alguna de esas chicas de los barrios bajos o quizás algún travesti, habrá estado haciendo algunas de las porquerías y locuras que acostumbra.

—Aquí no dejamos entrar a esas personas, señora. —¿No se les puede haber pasado acaso?

El empleado se quedó pensando, la responsabilidad había pasado súbitamente al hotel y a él en particular. Entonces le dijo a Jazmín en tono conciliatorio:

—Eso podría explicar todo, voy a ver si averiguo algo más. Jazmín contestó con el esbozo de una sonrisa. Se daba cuenta de que Marcos finalmente no iba a hablar, y que el guardia solo estaba interesado en resguardarse a sí mismo.

Todos se fueron y estando sola se sintió por primera vez verdaderamente feliz desde que su padre le planteara este casamiento ridículo, entonces golpearon la puerta. Abrió molesta, dispuesta a echar a quien fuera y a exigir que la dejaran tranquila de una vez. Era el botones con el cual ella había intentado acostarse varias horas antes pero no pudo ni comenzar a gritarle ya que el chico sin decir palabra, le mostró la bola de algodón ensangrentada de la que surgía el alfiler. Ella se sobresaltó y trató de agarrarla, pero él la quitó de su alcance como si fuera la sortija en la calesita.

—Esto tiene un precio —le aclaró.

Ella abrió la puerta y le hizo un ademán con la mano para que entrara. El botones le explicó:

—Lo encontró una de las mucamas.

—¿Cuánto querés? —preguntó Jazmín directa y seca.

—No es cuestión de plata.

—¿Entonces?

—¿Te acordás de esta mañana? —le dijo tuteándola por primera vez con sonrisa maliciosa.

Ella contestó apenas con la cabeza y él prosiguió:

—Me la hiciste pasar mal.

Jazmín no atinó a responder y fue él quien continuó hablando.

—Me dijiste que no iba a tener otra oportunidad pero aquí estoy y la voy a tener, no porque vos me la otorgues sino porque yo te lo impongo. Lo único que quiero a cambio de esta cosa diabólica que fabricaste, es cogerte —dijo—. ¿Algún problema?

—Bueno, no tengo muchas alternativas —dijo ella con frialdad mientras se empezaba a desvestir.

—Espera, quiero recuperarme bien para poder darte como en la guerra, ésta es la dirección de un hotelcito en la ruta, te espero ahí mañana a las seis de la tarde, ¿está?

—Está.

—¡Y quiero puntualidad! —ordenó el muchacho cebado de autoridad.

Ella asintió con la cabeza mientras apretaba los dientes. Cuando se iba antes de cerrar la puerta tras de sí, el botones, se asomó de vuelta y con una sonrisa de oreja a oreja le dijo triunfal:

—Espero que hagas buenos petes —y se fue loco de contento.

IX

Jazmín no fue al hospital a ver a Marcos, ni siquiera llamó. A la mañana estuvo en la playa disfrutando. Volvió temprano, tenía que prepararse para su cita. Solo el conserje preguntó por su marido. Un “está mejor” al pasar, le alcanzó de sobra para corresponder al supuesto interés del curioso. No se vistió con la ropa fina e insinuante que acostumbraba, se puso un vaquero, zapatillas y una camisa amplia y cómoda. Sacó de su valija una pequeña pistola calibre 22 y la guardó en un bolsillo interno de la cartera. También guardó un juguetito que había traído de su casa, una prótesis peneana de goma rígida que emergía erecta de una base de la cual salían gruesas cintas. Sujetada a los muslos y cintura, ella misma pasaba a ser como un hombre muy bien dotado. El tamaño de esa pija artificial era imponente, la base, que iría apoyada en los genitales de Jazmín, tenía rugosidades para masajear el clítoris. Lo único que puede salir mal ahora —pensó— es que el pen-dejo se haya llevado a algunos amiguitos, pero en el peor de los casos los cago a tiros y la diversión quedará para otra oportunidad. Llegó al hotel piojoso al costado de la ruta, que consistía en una serie de pequeñas cabañas de un ambiente. No tuvo que preguntar en cuál la estaban

esperando porque el muchacho había salido a la puerta apenas vio el coche. Jazmín había llegado cuarenta minutos tarde y no era casual, en esos cuarenta minutos al botones le había trabajado la cabeza a mil por hora, primero pensando en que se perdería la oportunidad de ponerle las manos encima a semejante mina, luego imaginando que quizás pudiera denunciarlo. Aunque él tuviera la prueba y aunque ella fuera la culpable de las terribles lesiones del marido, el botones sabía muy bien que la gente adinerada está siempre vinculada al poder y puede arreglar cualquier cosa. También era posible que le mandara un asesino profesional para sacarlo del medio, pero todas sus especulaciones terminaron cuando la vio al volante de un auto de alquiler ingresando al estacionamiento. Ella entró fingiendo turbación, haciéndose la insegura. Se quedó parada en el medio de la habitación, de espaldas a él, que volvía a sentirse fuerte y avanzó resueltamente para abrazarla. Pero al llegar Jazmín se dio vuelta y le apoyó la 22 la en la frente, amartillándola. El muchacho se quedó congelado. Sabía que estaba a un segundo de morir, que un mínimo movimiento del dedo de ella le reventaría los sesos. Jazmín no tenía la misma mirada que al entrar. Tanto le había cambiado, que parecía tener otros ojos, ojos de leona en cacería, determinación e impiedad. Condujo al botones hasta la cama y lo hizo acostarse boca abajo. Le dio un precinto plástico y lo obligó a atarse la mano izquierda al elástico de hierro de la cama. Luego, apoyándole la pistola en la sien mientras le mantenía la cara hacia el otro lado, ella misma le ató la otra mano al lado opuesto con un movimiento rápido y preciso. Ya más relajada se puso la pistola a la cintura y reforzó las ataduras de las manos. Le sacó el pantalón y le recriminó:

—No te pusiste calzoncillo, mugriento.

Luego le ató las piernas a cada lado. El muchacho parecía una de esas presas que todavía vivas empiezan a ser comidas por una manada de fieras. Jazmín guardó la pistola en el bolso, se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, y soltó una carcajada divertida mientras se desperezaba como si recién se hubiera levantado.

—Ahora te voy a coger yo a vos.

El joven todavía no atinaba a articular palabra, ella comenzó a desvestirse. Cada prenda que se sacaba, la doblaba meticulosamente para apoyarla en una silla. Él la miraba todavía en silencio. Le surgió la esperanza de que aún pudieran tener sexo, aunque fuera bajo su dominio. A medida que ella se iba desvistiendo y a pesar de su situación, el botones se iba excitando, aunque atado boca abajo su erección quedaba disimulada. No podía sacarle los ojos de encima. Desnuda, ella le sonrió con ternura y le preguntó:

—¿Estoy bastante bien, no?

Mientras se ponía alternativamente de espaldas, de frente y de perfil, se levantaba el pelo y se sopesaba las tetas. Y estaba realmente muy buena, no como esas anoréxicas ridículas tan de moda entre las infradotadas de hoy en día. Tampoco era un cuerpo con trabajo de gimnasio ya que Jazmín era incapaz de cualquier sacrificio, tenía simplemente la belleza rozagante de la juventud. Entonces se le acercó y palmeándole las nalgas suavemente le dijo:

—Esperame un poquito que ya vengo, no te impacientes. Se llegó de una carrerita al el baño llevándose la cartera. En cinco minutos salió y fue directamente hacia él, caminando despacio, fijándole la vista con la cabeza amenazante hacia abajo y enarbolando la prótesis que surgía de entre sus piernas. Su delicado y armonioso cuerpo y los pechos medianos con pezones de grandes areolas suaves, contrastaban con la terrible verga erecta y grotesca. Sus rasgos angelicales, nada tenían que ver con la crueldad de su expresión. El joven intentó decir algo pero el asombro no lo dejaba, ella puso cara de compungida y apoyándole la mano en el hombro le dijo:

—Perdoname que no traje vaselina.

Entonces prendió la radio y dejó puesta una música pop, no muy fuerte, no iba a necesitar tapar los gritos porque las cabañas estaban separadas unas de otras y las contiguas estaban desocupadas. Se acostó sobre él, le acomodó la punta de la prótesis y empujó. La

música sonaba pegadiza, recién ahí el muchacho comenzó a reaccionar.

—¡No, no, por favor!

Ella siguió haciendo fuerza entre los gritos y súplicas de él, hasta que pasó la cabeza de la falsa verga, entonces se acomodó mejor sobre el cuerpo del joven para sentirle la piel, y se la fue enterrando. Él trataba de soltarse pero los precintos le cortaban. Gritaba de dolor mientras lloraba. La música seguía sonando.

—No te preocupes, putito —le susurraba Jazmín—, después que te la entierre hasta la manija, te empiezo a bombear en serio.

—¡Basta, basta por favor, me estás haciendo mierda! —Shhh, tranquilo, relajate y tratá de disfrutar un poquito que ya estás entubado.

Jazmín logró terminar de entrarle toda la prótesis. El chico ya parecía no tener fuerzas para gritar más, entonces empezaron a pasar una música por la radio, tan rítmica, que había que haber sido una estatua para no bailarla. Ella le dijo feliz a los gritos:

—¡Escuchá, esta es buenísima, vamos a bailar!

Y empezó a llevar el ritmo con todo su cuerpo, especialmente sus caderas que hacían salir un poco la prótesis para hacerla entrar de vuelta de un saque. Ella cantaba algunas partes de la estúpida letra y parecía estar en trance, sin escuchar los gritos entrecortados de dolor que el joven había retomado. Hubiera sido excitante para él ver a Jazmín moviéndose de esta manera, admirar los movimientos de ese culo suave y terso que en cada contracción muscular imprimía impulso a la prótesis. Ella tuvo varios orgasmos que le provocaba la estimulación directa del aparato y la situación que con tanto esmero había preparado. Se divirtió mucho esa tarde, más quizás que con la trampa que le había tendido a Marcos. Cuando ya no pudo más, descansó unos minutos sobre el muchacho, se sacó el terrible aparato y se dio una ducha. Mientras se vestía el muchacho le pidió:

—Desatame por favor.

Ella fingió no haberlo escuchado, él repitió la súplica:

—Desatame, no voy a decir nada.

Ella se sentó al borde de la cama, le acarició la espalda y le dijo:

—Ya averigüé dónde vivís y si se te ocurre decir algo te voy a hacer ahorcar con las tripas de tu vieja, ¿entendés, corazón?

El chico bajó la cabeza resignado, entonces Jazmín se reclinó sobre sus nalgas y separándolas con una de sus manos inspeccionó el orificio enrojecido y edematizado que sangraba. Lo hizo con seriedad y concentración, con mirada profesional, como si fuera una doctora examinando una lesión. Luego se paró para irse al tiempo que le decía fingiendo preocupación:

—Parece que te hubiera explotado un petardo en el culo —y se fue dejando la puerta abierta.

X

Ya no tenía sentido la luna de miel así que volvió a casa y le explicó a su padre:

—Aproveché que yo pasaba el día en la playa, organizó una orgía con otros degenerados y vaya a saber qué le hicieron, porque a mí no me quiso contar nada.

—Qué increíble, Jazmín, quién hubiera dicho que las cosas iban a ser así.

—¿Esto va a afectar tus tratos con el padre de Marcos?

—Por ahora no, hay que tener en cuenta que es su único hijo y para colmo ni siquiera le habla.

—Eso lo aprendió de mí —se le escapó a Jazmín.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

—Bueno —dijo su padre finalmente— ya veremos cómo la voy piloteando, el negocio le convenía a las dos familias así que no me extrañaría que quede en pie, después de todo no fue tu culpa. —Y

siguió—: Lo único que te voy a pedir es que no hagas escándalo, es necesario que en los papeles tu matrimonio continúe.

—Está bien —consintió Jazmín, fingiendo sumisión.

—Ya sé que se portó muy mal, que te traicionó y que encima resultó un fiestero, pero es imprescindible que por ahora dejemos las cosas así.

—No te preocupes papá, contá conmigo.

El padre sonrió complacido y la abrazó dulcemente mientras le decía:

—En qué baile te metí, hijita.

“Ya te lo voy a cobrar viejo de mierda —pensaba ella— ya te lo voy a cobrar.”

XI

De vez en cuando le llegaba alguna noticia de la lenta recuperación de Marcos, que había tenido serias complicaciones con su herida, como infecciones y retracciones cicatrizales que le costaron parte de lo único que tenía para enorgullecerse. Aún se negaba a hablar de lo sucedido. Ella había vuelto a su vida de soltera en la casa de sus padres. Hacia tiempo que sus diversiones incluían un amante que era lo peor que hubiera podido imaginar su padre, tan racista, tan apegado a la alta sociedad y su glamour. El tipo era un indio sucio, trabajador explotado sin educación ni modales, como para hacerle reventar el hígado a papá con solo sospecharlo. Un negro de mierda, como diría él, como pensaba ella. Era un peón de albañil que había hecho algunos trabajos en la casa. A pesar de que ella podía tener a su disposición al hombre que quisiera, se había agarrado a éste casi como quien recoge una mascota, y lo mantenía en un cuartucho de un barrio miserable para volteárselo cuando se le ocurría, especialmente cuando su padre la retaba o le provocaba algún disgusto. El tipo tenía más de cuarenta

años y trataba de estar a disposición de Jazmín. Sabía que era inconcebible que él tuviera la oportunidad de acostarse con una mujer como esa, que lo estaba usando, aunque no pudiera imaginar por qué ni para qué. Fuera como fuera, le interesaba prolongar esa situación el mayor tiempo posible. Jazmín fue a verlo una noche, varios días después de su vuelta de la luna de miel. Estacionó su coche a la vuelta, no se dio cuenta de que la seguían. Golpeó la puerta de chapa con la llave, y al abrir se le iluminó la cara al Negro que exclamó con espontaneidad:

—¡Cuánto hace que no venías!, pensé que te habías olvidado de mí.

—¿Seguiste recibiendo la plata que te mando todos los meses?

—Sin falta.

—¿Entonces?, ya te dije que yo vengo cuando me da la gana y dispongo de vos como me parece, ¡y acordate de no volver a tutearme!

—¡Sí, mi diosa! —dijo el Negro.

Mientras siguiera el juego de Jazmín, exactamente con las reglas de ella, tendría una posibilidad de estarle cerca, de acostarse incluso con una mujer que en una situación normal le habría sido inalcanzable. Encima lo mantenía. Ella preguntó con el tono que usaría una madre severa:

—¿Te estás bañando todos los días como te mandé?

—Cada día, por si a usted se le ocurriera disponer de mí. —Bueno, ponete en bolas

El Negro se quitó rápidamente la ropa, hasta las medias se quitó, y se quedó sonriendo y esperando a ver qué decía ella.

—Estás cada día más gordo, pelotudo, bueno ya estoy acá, tirate panza arriba.

Jazmín también se desvistió rápido, sin importarle las reacciones del Negro, sin hacer ningún movimiento ni gesto sensual. Él la miraba con la sonrisa instalada en su cara al tiempo que su erección llegaba al máximo. No era gran cosa lo que el Negro tenía para ofrecerle, ya lo sabía de antes, pero ahora que no lo había visto durante tanto tiempo, lo refrescaba. No se podía comparar con la verga del

botones, mucho menos con la de Marcos, y menos aún con su juguete. Sonrió al recordar la prótesis brutal. “Algún día la voy a traer y te voy a destrozar el culo a vos también, negro de mierda”, pensó. Él asoció su sonrisa con la inminente relación y se excitó al límite, pero no se movió ni dijo nada, no quería cometer ningún error que hiciera cambiar de opinión a la tiranuela. La podría haber sometido con su fuerza, no le hubiera costado nada, podría incluso matarla con sus manos pero la quería conservar a toda costa. Si fuera una mujer de las de su clase, podría tratarla tan mal como había tratado a “la Juana” antes de que lo abandonara con los críos. Tan mal como el hijo de puta de su padre había tratado a su madre, y el borracho de su abuelo a su sufrida abuela, y así. Siempre al mando, con la hembra a su servicio y alguna paliza de vez en cuando aunque se portara bien, para que quedara en claro quién mandaba. Pero esta rubiecita parecía una de esas que salen en las propagandas de las revistas. Ella lo miró con desprecio y le ordenó:

—Cruzá las manos detrás de la nuca y ni te atrevas a tocarme, negro sucio.

Luego puso música pop, se le subió encima y con sus suaves manitos se metió sola la pija del indio, que observaba en éxtasis.

Bajó las caderas y manteniéndola lo más enterrada posible empezó a bambolearse de un costado a otro al ritmo de la canción. Al rato pareció cansarse y volvió a ordenar:

—Ponete vos arriba.

Cuando el Negro se acostó sobre Jazmín, fue ella la que buscó otra vez la pija con su mano y la guió hasta la entrada. Él sabía que no tenía que hacer nada que no se le indicara específicamente.

—Movete —ordenó, lacónica.

Luego de que él empujara por unos segundos le gritó:

—¡Con la música infeliz, con la música!

Como pudo el Negro trató de llevar el ritmo y estaba por terminar dijera lo que dijera Jazmín. No se dio cuenta de que alguien

había entrado. Era Marcos, que estaba a un costado de la cama con el aspecto ridículo que abultaba el enorme vendaje donde deberían haber estado sus genitales, sosteniendo la boca del cañón de una escopeta a trombón hacia la cabeza del Negro. Jazmín gozaba con los ojos cerrados y Marcos se quedó unos instantes extasiado ante su belleza y sensualidad. Luego fijó su atención en los reflejos del sudor aceitoso del extraño que jadeaba sobre ella y dijo sin que nadie lo escuchara:

—Ahora sí disfrutás conchuda, con esta mierda sí. Disparó. El escopetazo destrozó la cabeza del Negro y Jazmín aulló enchastrada de sangre y sesos calientes. Marcos se quedó mirando en silencio. Dos vecinos entraron corriendo a la habitación, eran amigos del Negro y uno de ellos que había sido interrumpido mientras trabajaba, llevaba todavía un martillo en su mano. De pronto Jazmín tomó conciencia de lo que había pasado y les gritó:

—¡Lo mató, mató al Negro!

Los hombres se abalanzaron sobre Marcos que apenas tuvo tiempo de accionar la corredera y ponerle un escopetazo al del martillo. El otro hombre logró manotear el arma y forcejearon.

Jazmín se puso el vestido, mientras tanto Marcos había derribado al vecino de un culatazo y lo remachaba contra el piso a escopetazos. Luego se sintió otro disparo y Marcos cayó hacia adelante con los ojos abiertos. Jazmín había sacado su 22 de la cartera y desde atrás le había puesto un tiro en la cabeza. Recogió todas sus cosas, incluso la vaina servida y caminó hasta su coche. Sin encender las luces se alejó manejando tranquilamente. Las encendió cuando ya entraba a la avenida, también puso la radio, estaban pasando la canción que tanto le gustaba. Bailaba suavemente mientras manejaba, hubiera querido hacer bailar al coche de un lado a otro de la calle pero no podía arriesgarse a que un policía la parara ahora, tenía que portarse bien.

XII

Se levantó al mediodía. Su padre la esperaba en el comedor y estaba desenchajado.

—No vas a creer lo que pasó —le dijo.

—¿Algo grave?

—No sé cómo lo vas a tomar.

—¡Decímelo de una vez!

—Mataron a Marcos.

—¿Como? —exclamó ella tratando de disfrazar de asombro su regocijo.

—Cerca de la Villa, le dieron un tiro en la cabeza, también había otros tres tipos muertos, uno de ellos desnudo.

—¡Este Marcos! —empezó ella como si pudiera retarlo, y siguió—: No aprendió nunca ese promiscuo, ¡mirá con quien me habías casado papá! —terminó Jazmín, dando saltitos y sin poder contener la risa.

Su padre estaba desconcertado por todo lo que había pasado y por la reacción de su hija, pero se compuso en pocos segundos y le dijo:

—Ahora sos viuda, Marcos no tenía madre ni hermanos y su padre está muy mal, cuando se enteró tuvo un derrame cerebral así que no va a durar mucho. Sos la única heredera de la fortuna familiar de ellos y al casarte quedaste emancipada.

—Te vas a tener que hacer cargo vos, papá.

—Por supuesto —dijo él complacido—, voy a reunir el dinero y poder de las dos familias y manejarlos para exclusivo beneficio nuestro, es casi perfecto.

—Perfecto del todo Papi, estoy embarazada.

—¿De Marcos?

—¡De quién va a ser! —gritó ella poniendo cara de indignada.

—Perdoná, es que todo lo que ha pasado me tiene medio mal.

—No te preocupes, papá, ya tenés el poder que buscabas y como si esto fuera poco, un heredero en camino, te vas a poder morir tran-

quilo —terminó ella con suavidad y haciendo un mohín encantador. El hombre parpadeó varias veces desconcertado. Lo que le decía su hija era estrictamente la verdad, pero que lo expresara tan clara y abiertamente le resultaba desagradable. Ella siguió hablando—: Lo que sí, me vas a tener que enseñar esto del mundo de los negocios, quiero aprender a manejar las empresas y las inversiones de las que siempre estás hablando.

—¿En serio? —preguntó él gratamente sorprendido. —Sí, ya me tengo que dejar de boludear un poco, ¿no? —Mañana mismo te venís a la oficina conmigo, si prestás atención y ponés voluntad en un par de años vas a ser una empresaria de la puta madre.

Ella lo abrazó con calidez mientras pensaba “Entonces vas a ver, cuando ya no te necesite vas a ver lo que te pasa, papito”.

XIII

Jazmín solucionó la mentira del embarazo con un supuesto aborto espontáneo. No tardó dos años en aprender todo lo que necesitaba, en apenas seis meses ya nadie podía enseñarle nada. Ella parecía tener una capacidad especial para comprender los asuntos esenciales del manejo del poder. El padre de Marcos no se había podido recuperar, y al suyo le tocó el turno un año después. Fue una tragedia, de esas tan imprevisibles y comunes hoy en día en las grandes ciudades. Interceptaron su auto en un semáforo y lo asaltaron. A pesar de que no se resistió y entregó todo lo que tenía sin hacer siquiera un gesto de contrariedad, le metieron quince tiros. Ella no lo tomó a la tremenda, nadie la vio llorar. “Qué chica tan fuerte”, pensaron. Nadie la vio siquiera compungida. Los hombres de negocios cercanos a su padre le ofrecieron de inmediato su asesoramiento, pero ella los rechazó con mal fingida cortesía. No los necesitaba, no necesitaba a nadie. Como empresaria resultó implacable, se deshizo rápidamente de los empleados de confianza de su padre y no dejaba escapar ningún negocio que

podiera dejar ganancias importantes, aunque tuviera que dismantelar alguna fábrica dejando a cientos de obreros en la calle, aunque tuviera que tejer alianzas impredecibles con los personajes más siniestros de la política y los negocios, para luego intentar incumplir con su parte. Así pasaron algunos años, sin embargo ella todavía extrañaba algunas de sus diversiones. Pero debía tener cuidado, ahora que era conocida y poderosa tenía mucho que perder. Pensó en poner un hogar para niños huérfanos, así podría hacerse ver por la opinión pública como una buena samaritana ayudando a los más necesitados y de paso recuperar el dinero de los altísimos impuestos que se veía obligada a pagar debido a las ganancias que obtenía. Y lo que finalmente le importaba en realidad, usar a los chicos para sus diversiones sexuales.

Llegó a avanzar mucho en el proyecto pero era muy complicado, tendría que confiar en algunas de las personas encargadas del hogar, sus víctimas tendrían que permanecer calladas, y cuando fueran saliendo al hacerse mayores, no habría forma de controlarlos. Podría eliminar a dos o tres de ellos, pero en algún momento alguien sospecharía. Estuvo de mal humor un tiempo por tener que dejar de lado sus planes. Lo atribuyó ante sus conocidos, a las complicaciones legales y políticas del asunto. “En este país, no se puede hacer una obra de bien”, decía indignada. Ella necesitaba sexo y no podía darse el lujo de ser promiscua, tampoco quería atar su vida a nadie que pudiera condicionarla de alguna forma, ya fuera legal o sentimental. Encontró otra solución. Se conseguiría un novio aparente, alguno de los tantos empleados mal pagos que tuviera escasa capacidad y sobre todo baja autoestima. A ese lo usaría como macho normal, y para sus diversiones extras se conseguiría algún retardado mental, uno de los mogólicos que permanecen abandonados en las instituciones del Estado. Tendría que fijarse que fuera jovencito para que le durara un tiempo, asegurarse que funcionara sexualmente. Podría acondicionar un lugar aislado en el campo y tenerlo allí —pensaba— no sería difícil disponer todo y conseguir alguna mujer analfabeta que lo cuidara. Comenzó a preparar este pro-

yecto, pero desistió antes de concretarlo. Era paradójico, ahora que tenía tanto poder, se sentía más vulnerable que antes. Era conocida y todos prestaban atención a sus movimientos, tanto, que si iba a cenar a un restaurante o al teatro, su foto aparecía publicada en las revistas. Jazmín había tenido que contratar guardaespaldas, a los que reemplazó con frecuencia al detectar algún deseo en la mirada, o una amabilidad detrás de la cual podían suponerse otras intenciones, aunque no pasaran de una fantasía. Y es que a los 25 años, conservaba intacta su belleza física impactante y una actitud y carácter que avasallaban con su presencia cualquier ambiente en el que irrumpía. Con mucho trabajo y tiempo logró un equipo de guardias asépticos que parecían no interesarse nada más que en sus obligaciones. Eso se sumaba a una muchedumbre de secretarias, sirvientes, choferes, cocineros, gerentes, socios, inversionistas, periodistas y muchas personas más que estaban pendientes de sus movimientos y la convertían en prisionera de su poder y su dinero, por los que ella había luchado sin reparar en riesgos ni moral alguna. Ahora que los tenía, encontraba que no podía utilizarlos a su antojo, no era siquiera dueña de su tiempo. A veces, al cruzar la ciudad raudamente con su coche, veía a algún linyera que vegetaba sentado en la calle y la enfurecía el pensar que ese miserable inmundo y otros como él, en algunos aspectos eran más libres. La abstinencia sexual que Jazmín no hubiera jamás imaginado para sí, aumentaba su agresividad que redirigía hacia el mundo de las inversiones y los grandes negocios. Mientras más tiempo pasaba, más poder acumulaba y más dependiente se hacía de su manejo discrecional e impune. Sus placeres actuales, poco a poco iban reemplazando a los anteriores.

XIV

En esta transformación, solo una vez volvió a las andadas con sus travesuras. En ocasión de visitar sus campos en los que se criaba ganado

vacuno y funcionaban grandes tambos, vio a los terneros apartados de sus madres para que no mamaran, mugiendo su abandono lastimero y atados a sus respectivos postes. Los alimentaban con un suplemento en grandes mamaderas a las que los animalitos se prendían con chupadas poderosas que no pasaron desapercibidas a Jazmín. Al acariciar la cabeza de uno de ellos, maniobró su cara para alcanzarle la mano y se prendió. “Más de un paisano debe aprovechar semejante mamada”, pensó Jazmín, pero ella no tenía nada que valiera la pena meter en esa boca. Cuando sacó su mano, la lengua del ternero la siguió y ella quedó fascinada. Esa masa muscular, tan larga como la buena pija que le estaba faltando hacía rato, bastante más gruesa, cubierta de grandes y ásperas papilas, envuelta en espesa baba filante, moviéndose con desesperación desde la boca desdentada, daba la impresión de tener vida propia. Hizo que le trasladaran a uno de los terneros hasta una casa de fin de semana y también hizo los arreglos para que no quedara ninguno de sus empleados esa tarde. No le costó, hacía tiempo que ella no daba explicaciones a nadie. Luego preparó una pasta mezclando miel con leche en polvo, trajo al animalito hasta la galería del contrafrente donde sobre un banco de madera había acomodado varios almohadones para reclinarse. El ternero había olido la mezcla y tironeaba ansioso de la sogá. Jazmín se tomó su tiempo. La tarde todavía estaba luminosa y muy calurosa. Se desnudó y se untó la pasta. Primero se metió con los dedos una buena cantidad adentro, luego se encremó la concha por afuera, rellenando entre los labios mayores y menores, tapando la entrada y el clítoris. Fue a soltar al ternero para llevarlo hasta el improvisado sofá con la intención de acostarse con las piernas abiertas y disfrutar de esa enorme y desprejuiciada lengua, pero el animal fue directamente hacia la concha y empezó a lamer con avidez. Jazmín separó un poco las rodillas y se sujetó de un poste de la galería. El ternero maniobraba hábilmente con la cabeza poniéndola de costado y sacando la pasta con su lengua, que no dejaba intersticio sin revisar y frotar. Cuando terminó de limpiar afuera, encontró la entrada percibiendo que estaba llena de esa crema que lo enloquecía y la metió, revol-

viendo con fuerza cada vez más adentro en busca de su fuente de placer. Su saliva espesa y viscosa diluía la mezcla que iba quedando. Jazmín, que ya había sido bien preparada por los primeros lengüetazos, tenía un orgasmo, pero el animal no se resignaba a terminar el festín, e insistía en meterle esa masa muscular recorriendo cada pliegue interno con desinhibición absoluta, frotando y sorbiendo con desesperación. Jazmín pasó por varios orgasmos con las rodillas flexionadas, tratando de no perder el equilibrio ante la presión que el ternero hacía con el hocico. Cuando por fin decidió dar por terminada la diversión, el ternero todavía insistió un poco más lameteándole las nalgas y tratando de meterle la lengua en el culo. Ella lo dejó hacer por un rato, luego se lo sacó de encima con un puñetazo en los ollares, lo ató y se fue a bañar. Había sido un gozo meramente físico, no le alcanzaba, no justificaba tomarse tanto trabajo y molestias. Además, el animal no se había dignado siquiera a dejar de bostear mientras se sumaban miles de moscas para irritación de Jazmín. Estas eran las únicas inmundicias que la habían molestado, pero algo había cambiado en ella en estos pocos años. Se daba cuenta de que gran parte de su placer lo había trasladado a su trabajo, donde podía humillar y someter a los que la rodeaban, donde podía influir en sus vidas ejerciendo su poder. No volvió a repetir el jueguito. Lo había disfrutado, pero que el animal no tuviera la mínima conciencia de la vergüenza y la humillación, que no pudiera captar el significado del sometimiento y el dominio, le quitaba gran parte del atractivo. Dio instrucciones para que lo carnearan y prepararan un asado. Llevó invitados y comió en abundancia la tierna carne. “Es la primera vez que me como en serio a un amante”, pensó divertida.

XV

En cuanto Jazmín tuvo claro que los placeres carnales habían pasado a un segundo plano, concentró su atención en los negocios que

podía llevar a cabo en el ambiente de corrupción política y judicial de la República Argentina. Tomaba conciencia de que si bien el sexo no le resultaba indiferente, ahora solo tenía añoranzas de los placeres del pasado. Ya era una mujer madura, no la pendejita de antes. Tenía además que dar la puntada final a algunos asuntos familiares que le quedaban pendientes. Sus dos hermanos adolescentes habían quedado a su resguardo. Ella se ocupó de que no les faltara nada, de que tuvieran cualquier cosa que quisieran y de que hicieran con sus vidas lo que les pareciera. Así es que se convirtieron en pequeños libertinos, en vagos tan inútiles como adinerados, en alcohólicos tempraneros y por supuesto en drogadictos. Jazmín daba la imagen de que se le iban de las manos y no lograba controlarlos, de que tenía tanta debilidad por ellos que no podía evitar consentirlos. Incentivó los vicios y excesos de los chicos, hasta que se destruyeron a sí mismos. El mayor murió de una sobredosis, y el más chico comenzó a entrar y salir de comisarías y juzgados acumulando un prontuario imponente. Poco después de cumplir los 18 años, estuvo implicado en un crimen y Jazmín se ocupó de que por primera vez sus abogados no fueran tan eficientes, de forma tal que se quedó recluido en una cárcel de máxima seguridad.

Ya no había quien compartiera su patrimonio, así que se dedicó a acrecentarlo y disfrutar del poder acumulado. Viajaba, compraba arte y hacía beneficencia, como a una rica dama de alta sociedad correspondía. A medida que pasaba el tiempo, crecía en ella la sensación de que algo le faltaba. Quizás fuera un hijo, no estaba segura. Ya había desechado la idea de casarse. Todos los hombres le parecían estúpidos, y aunque alguno de ellos pudiera complacerla sexualmente e incluso fertilizarla, por ahora no tenía ganas de soportar a ninguno cerca. Tampoco estaba dispuesta a pasar por un embarazo, cargar esa terrible panza y transcurrir por los malestares e incomodidades que tantas mujeres soportan con alegría, incluyendo al parto o quizás una cesárea. ¿Para qué? Inclusive había un peligro extra que ella tenía muy en cuenta: si tenía un hijo concebido, gestado y parido por ella, cabía

la posibilidad de que se le pareciera y tuviera sus habilidades y ambiciones, sus apetitos y su audacia, su insensibilidad y su implacable crueldad. No tendría más alternativa que estar siempre alerta contra su propio hijo, y quizás tener algún día que librarse de él. Desperdiciar tanto esfuerzo y tiempo no le convenía, mejor adoptaría uno, lo criaría como propio haciendo recaer todo el trabajo en alguna empleada, y cuando fuera creciendo habría tiempo para evaluar si lo convertía en su heredero o lo desechaba. Se vería bien además socialmente que ella tuviera la grandeza de adoptar un huérfano. “Este crío se sacó la lotería”, dirían los comentarios. Y si finalmente tenía que apartarlo de su camino, al no haberlo engendrado, al no ser verdaderamente suyo, le resultaría todavía más fácil, tendría aún menos escrúpulos. Eso creyó Jazmín, y decidió que eso haría luego de cumplir los cuarenta y cinco.

XVI

Pasados unos años Jazmín retomó su proyecto de hacerse de un hombre que no la complicara. Revisó los legajos de sus empleados solteros, desechó a los más jóvenes y también a los más pintones que tendrían alguna razón para ser pretenciosos, y concentró su atención en un hombre que trabajaba en la contaduría de una de las empresas. Tenía cuarenta y tres años y se encargaba de efectuar pagos de caja chica, para lo cual los proveedores iban a buscarlo a un subsuelo donde los atendía detrás de un mostrador. Era un hombre bajo, de textura endeble, cutis algo oscuro, narigón, con el pelo siempre peinado a la gomina hacia atrás. Jazmín averiguó que Juan no tenía estudios aparte de los secundarios, que no se le conocían inquietudes artísticas ni había viajado y que vivía solo, sin más vida social que el llamado telefónico ocasional de una hermana que vivía lejos. Aunque se llamaba Juan, todos le decían Juancito con un aparente afecto que Jazmín supo de inmediato que era condescendencia. Así lo hacían también los

compañeros de trabajo mucho más jóvenes, y los de menor jerarquía, que si permanecían en la empresa terminaban pasando por sobre él e incluso siendo sus jefes. A Juancito parecía no preocuparle, incluso los extraños que solo lo conocían de verlo de cuando en cuando en el mostrador, lo trataban como si fueran superiores y le decían a los gritos “¿Qué hacés Juancito?, ¡vos sí que no tenés problemas Juancito!, ¡pobre Juancito!”. Juancito fue el elegido, iba a tener una oportunidad que encerraba muchos peligros. Una mañana Juan percibió un ambiente raro en el oscuro y mal iluminado subsuelo. “Te están esperando en la oficina del jefe”, le comunicaron con seriedad, como si no se animaran a precisarle la inminencia de una tragedia. Hacia allá fue mientras sus compañeros lo miraban en silencio. “Pobre Juancito”, dijo uno de ellos por lo bajo, los demás asintieron. La oficina era pequeña y al entrar encontró a una hermosísima mujer que fumaba impaciente. No supo qué decir, entonces Jazmín le preguntó:

—¿Sabés quién soy yo?

Juan negó con la cabeza.

—Soy la dueña, la dueña de esta empresa y de muchas más, soy la jefa de tu jefe y de todos los jefes que hayas conocido, como explicarte, soy... como una diosa.

Juan sonrió. En una situación en la que cualquiera de sus compañeros de trabajo se hubiera quedado congelado, sonrió francamente y mirándola a los ojos le dijo:

—Le creo.

—¿Sabés por qué estoy aquí?

—No me lo imagino —contestó Juan impasible.

—¿No tenés miedo de que te raje?, los otros empleados están aterrados desde que me vieron entrar, puedo cerrar la empresa y arreglar las cosas para que ni siquiera tengan indemnización.

—No sería la primera vez —dijo Juan con toda naturalidad.

—¿No tenés miedo?

—No.

—¿Se puede saber por qué?, se supone que sos el más pelotudo, y son los demás los que se están cagando encima —preguntó Jazmín, observándolo con el interés de un entomólogo ante una nueva especie.

—Tener miedo no sirve, si me quedo sin trabajo ya veré, por lo pronto sin importar lo pelotudo que pueda ser o parecer, una persona como usted no vendría acá solo para despedirme.

Jazmín sonrió e inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Se levantó y mientras se iba le dijo:

—No me trates más de usted y andá esta tarde a mi oficina, tengo una propuesta que hacerte.

Ella se fue, Juancito les comentó a sus compañeros y a pesar de que no había recibido indicación al respecto, no se quedó a trabajar ese día. Iría a la tarde a ver a Jazmín y enterarse de una vez por todas qué decisiones habían tomado con respecto a él, y también qué decidía él, porque nadie parecía haberse dado cuenta pero él decidía. Estaba mucho más tranquilo que sus compañeros de trabajo. Ellos creían que Juancito era un pobre tipo, en realidad no sabían nada de él.

Cuando llegó a la suntuosa oficina que Jazmín tenía en el último piso de una torre, no lo hicieron esperar. Ella estaba sentada ante un inmenso y lujoso escritorio, con un ventanal a sus espaldas y el Río de la Plata al fondo, con decenas de pequeños y coloridos veleros yendo de aquí para allá.

—Espero no interrumpir —dijo él.

Jazmín lo miró fijo y contestó:

—No lo hubiera permitido, te estaba esperando, ¿todavía no te imaginás para qué te hice venir?

—No tengo el más mínimo dato que me permita analizar la situación.

—Sin embargo, muy sorprendido no parecés.

—No parezco angustiado, porque no lo estoy.

—Tenía otra imagen de vos, ahora que te tengo delante no puedo entender cómo estuviste tantos años sepultado en ese subsuelo —dijo ella.

—Yo no estuve sepultado en ningún lado.

—¿Cómo fue que te quedaste estancado en ese puesto? —Los primeros ascensos los rechacé, después dejaron de tenerme en cuenta.

—¿No querías mejorar?

—Ganar el doble o el triple no me hacía ni más rico ni más pobre, y me hubiera quitado tiempo para lo que más me gusta.

Jazmín esperaba ansiosa que siguiera explicándose, pero Juan parecía haber terminado. Ella le hizo un gesto elocuente de interrogación con la cara, luego con las dos manos abiertas y las palmas hacia arriba, subiendo los hombros. Juan sonrió divertido y se hizo el desentendido, así que Jazmín tuvo que preguntar

—¿Y se puede saber qué es eso?

—Leer.

—¿Leer? —repitió Jazmín desilusionada.

—Ahá.

—¿Nada más que leer?

—Nada más ni nada menos.

—Pero... pero... ¿por qué?

—Ya te dije, es lo que más me gusta.

Jazmín se quedó en silencio un par de minutos, ensimismada en sus pensamientos. Como parecía haberse olvidado de que Juan estaba allí, él se dedicó a admirar el paisaje magnífico más allá del ventanal. Entonces Jazmín volvió a la realidad, y le preguntó:

—¿Y yo?

—¿Y vos qué?

—¿No te gusto?

—Me gustan todas las mujeres y vos me gustás muchísimo, pero esto me resulta cada vez más incomprensible.

Ella pareció pensar unos segundos, luego le dijo:

—Mirá, te voy a explicar, no digas nada hasta que haya terminado: a pesar de mi poder y mi dinero, estoy muy sola, no me casé ni me interesa, no quiero novios ni otro tipo de parásitos, así que elegí a

uno de mis empleados que no tuviera compromisos, necesito... como decirlo, un compañero sexual.

Ahora se notaba el asombro de Juan que al recomponerse un poco explicó:

—Yo no soy ningún acomplejado pero tengo claro que no soy lindo ni interesante; más allá de lo placentero y disparatado de tu propuesta, no me explico cómo te fijaste en mí —terminó.

—Bueno, lindo no sos pero eso me importa poco, lo de interesante, hubiera estado de acuerdo hace unos minutos, ahora no estoy segura; comprenderás que lo que te acabo de proponer no da para pensarlo.

—No hay nada que pensar —dijo él— pero tengo dos condiciones.

—¿Condiciones? —preguntó Jazmín alzando de pronto la voz.

—Primero, renuncio al trabajo; segundo, no quiero plata, ni regalos, ni ningún objeto material.

Jazmín, que iba de sorpresa y sorpresa, le preguntó:

—¿De qué vas a vivir?

—Eso es cosa mía —contestó Juan, cortante.

Jazmín sonrió abiertamente por primera vez y le dijo casi relamiéndose:

—Entonces, vamos a probar.

XVII

Quedaron en encontrarse en el increíble departamento de Jazmín, que a tal efecto arregló las cosas para que no hubiera servidumbre. Él llegó puntual y con las manos vacías.

—¿No te dignaste a traer una caja de bombones, un vino, aunque fuera unas flores de mierda?

—Soy un desocupado —se excusó Juan, y se quedó admirando a Jazmín que aún era una mujer espléndida, espectacular dentro de ese

vestido ajustado que le marcaba cada curva.

—¿No lo podés creer, no? —le dijo ella sobradora.

—Sí que lo creo, es increíble pero lo creo.

—Está bien, ya que no trajiste nada, yo no tenía intenciones de cenar y mucho menos de invitarte, lo mejor sería que obviáramos el tema de los besos y el manoseo y vayamos directamente a coger, ¿no te parece?

Juan sonreía y asentía, pero no era la sonrisa estúpida de alguien que va a dejarse usar, como la del Negro algunos años atrás. Había otra inteligencia en ella. Juan tenía, en esa situación forzada, un dominio de sí mismo que Jazmín no llegaba a descifrar. Le hizo una señal con la mano para que la siguiera, como podría haber hecho un deportista con sus compañeros, así que fue detrás de ella hasta la habitación. Jazmín llegó hasta el borde de la cama, se desabrochó el vestido y se lo sacó como si fuera una segunda piel. No llevaba ropa interior, así que se quedó solo con zapatos de taco alto. Entonces lo miró a Juan y le dijo:

—¿Y?

Mientras ella sacaba de un tirón la colcha y la sábana de arriba para arrojar todo a un costado, Juan se desvistió rápidamente. Cuando ella se dio vuelta y lo miró, no pudo contener la risa, no porque Juan fuera un flaco huesudo sino porque se había dejado puestos los calzoncillos, que eran blancos y enormes, con elástico grueso que se los sujetaba arriba del ombligo y el pantalón llegando casi hasta las rodillas. Jazmín reía a carcajadas, y como pudo le dijo entrecortadamente:

—¡Eso no se usa hace ochenta años!

Juan no estaba ni mínimamente atribulado y sonreía sinceramente, como si lo pusiera contento la posibilidad de divertir a esa mujer que todavía riéndose le dijo:

—Bueno, yo ya estoy desnuda, sacate esa mierda y vení, a ver qué me podés dar.

—¡No, yo los calzoncillos no me los saco! —dijo Juan con determinación.

A Jazmín le agarró un feroz ataque de risa y tuvo que esforzarse para no caer al piso retorciéndose, mientras exclamaba:

—¿Qué... qué decís?, ¿no lo puedo creer!

Estuvo largo rato para recomponerse y poder volver a decirle algo a Juan, que esperaba de pie, con su sonrisa sincera y segura, sin molestarse en lo más mínimo. Cuando por fin pudo articular algunas palabras, mientras se secaba las lágrimas de la risa incontenible, Jazmín le preguntó:

—¿Una condición que te olvidaste de decirme?

—Más bien un requisito para mi correcto funcionamiento. Luego de reír un rato más, Jazmín se sentó en la cama y volvió a preguntarle a Juan, que seguía parado inmóvil en el mismo lugar:

—¿Vas a venir a garchar o no?

—Por supuesto —le contestó él, y agregó luego de una pausa—: Apagá la luz por favor.

Jazmín tuvo otro estallido de carcajadas y recostándose en la cama hacia atrás, giraba el cuerpo de un lado al otro mientras se le caían las lágrimas. Juan no esperó la respuesta, fue a apagar la luz y en la más completa oscuridad caminó hacia la risa de catarata. Palpó hasta tocar la suave piel de ella, la recorrió con sus caricias, se demoró un par de minutos en las zonas más sensibles. Luego se acostó sobre ella, que al sentir el contacto con la tela del calzoncillo comenzó a reír suavemente. Él sacó la pija por la bragueta, la guió con la mano y la empezó a meter con lentitud. Apenas Juan profundizó ella se dio cuenta de que esa verga tenía algo distinto de las que conocía. No era más grande pero se ensanchaba rápidamente hacia su base. Juan se la puso lo más hondo que pudo y comenzó a alternar movimientos cortos hacia adentro y a los costados. En un tiempo prudencial, Juan terminó y Jazmín tuvo un orgasmo, uno solo. No había sido la gran cosa pero estaba conforme. Juan se tendió a su lado, no jadeaba ni parecía haberse cansado, entonces se quedaron charlando en la oscuridad.

—¿Todavía tenés ese calzoncillo puesto? —preguntó Jazmín manoteando groseramente los genitales de Juan, que le contestó con tranquilidad:

—Sí, y no me los pienso sacar. —¿Tenés vergüenza de que te vea? —No, es que desnudo no funciona. Jazmín rió quedamente y preguntó:

—¿No será para tapar esa poronga de cucurucho que tenés?

—No, es solo que...

—Sí, ya sé, no funcionás. ¿No tendrás uno de esos implantes que se inflan con un manguito, y escondés el aparataje en esa carpa estrafalaria, no?

—Lo que tengo nació conmigo, además, no seas tan critica, un poco te gustó.

—Fue bastante pasable, cuando te recuperes repetimos.

—No, hoy no va a poder ser.

—¿Otra condición? —preguntó Jazmín más divertida que fastidiada.

—Necesito un par de días para recuperarme, antes no voy a volver a tener erección.

—¿Y si te la chupo? —preguntó Jazmín dándose cuenta de que era la primera vez que le hacía semejante ofrecimiento a un hombre en esta vida.

—No —dijo él con tono indubitable— esta pija de mierda es inmune a las chupadas.

Jazmín se rió unos segundos y luego, más para molestarlo que para otra cosa, le dijo a modo de comentario:

—No es muy grande tampoco.

—Eso no importa.

—Sí que importa, yo me comí muchas y no creo que puedas decir lo mismo.

—Es verdad, pero he desarrollado una “teoría general sobre pijas y porongas” que es muy aclaratoria de este tema.

Jazmín volvió a soltar sus carcajadas, no solo por lo que Juan le decía, sino porque la situación tan rara para ella de estar hablando en la oscuridad con un hombre, después de haber cogido y como si fueran amigos, la tenía fascinada. Todavía riéndose, preguntó:

—¿Cómo es esa teoría?

—Es así: “la dureza de una pija, es inversamente proporcional a su tamaño”, ¿lo fundamento?

Jazmín contestó entrecortadamente por la risa:

—Sí doctor, fundamente por favor.

—Pues bien, lo que provoca la erección es un flujo de sangre arterial al que no se permite volver por las venas cuando por la excitación funcionan unas válvulas que solo tienen por función dicha retención, ¿cierto?

—No sé.

—Cierto, es decir que es parecido a una fuerza hidráulica, inflando la pija hasta la rigidez y manteniéndola; como no hay gran diferencia entre las arterias, venas y válvulas de los distintos hombres, cuando una verga es muy grande, no puede mantenerse la misma presión y dureza que en una más chica.

—¿Y se puede saber cómo si no te andás haciendo culear, es que hiciste las observaciones prácticas que te llevaron a semejante teoría?

—Bueno, la diferencia de tamaño, más que de hombre a hombre es entre razas; en las películas porno se pueden ver las grandes porongas de los negros que cuando alcanzan tamaños desproporcionados es evidente que tienen la consistencia similar a la espuma de goma. Luego me enteré —siguió— que los preservativos que se fabrican en Asia son de menor tamaño que los nuestros, entonces me di cuenta de que los asiáticos tienen porongas chicas, y por lo tanto muy duras.

—Me imagino que las viste en una película —dijo ella. —Efectivamente, de esta forma, lo único que tenés que decidir es qué preferís, si una gran pija medio blandengue, o una chiquita más dura que llega

a ser más un espolón que una pija, o un término medio que armonice el tamaño con la dureza, como la mía.

Jazmín reía acostada de espaldas junto a él y le decía:

—¡Casi me convencés, mentiroso de mierda!

De las muchas conversaciones que tuvieron solo una llegó a profundizar en los sentimientos. Fue cuando Jazmín le preguntó —siempre era ella la que preguntaba— si alguna vez se había enamorado.

—Una vez, hace más de quince años.

—¿Y qué pasó?

—Era muy difícil, no lo pudimos resolver.

—¿Pero la amabas en serio?

—Sí, con toda el alma.

—¡Cómo será eso! —exclamó ella sin darse cuenta.

—Yo también me lo preguntaba, llegué a creer que nunca me pasaría, llegué a creer incluso que eso del amor era un invento.

—¿Cómo la perdiste?

—Nos perdimos, ella era una prostituta.

—¿Te enamoraste de una puta, boludo?

—No, esas son cosas de adolescentes, y yo ya tenía mis años; fue algo instantáneo, químico, nos vimos y... no sé, fue muy raro. —Y siguió—: Primero le pagué y tuvimos una cogida fantástica, ninguno de los dos lo podía creer, no era algo meramente físico. Lo charlamos un poco, así como estamos charlando ahora, pero no podía ser. Yo no tenía nada para ofrecerle y ella le mandaba la plata a su familia. Además, las circunstancias en que nos habíamos conocido eran insalvables.

—¿Y qué pasó? —preguntó Jazmín intrigada.

—Nos fuimos cada uno por su lado, hasta me devolvió la guita; yo no sabía qué hacer y al otro día volví a buscarla, no sé bien para qué porque ya no podía verla como cliente. Al encargado del lugar debí caerle bien porque pudimos hablar un poco. Me dijo que ella se había ido ese mismo día, que le comentó que se había enamorado de un cliente y que no había dejado ningún dato para ubicarla. No la volví a ver.

No hablaron más por esa noche. Jazmín se dio cuenta de que la oscuridad tenía sus ventajas, le pareció que Juan lloraba en silencio. Se reunieron así durante dos años, una vez por semana. A Jazmín le resultaba placentero el sexo con Juan y mucho más las conversaciones que tenían acostados lado a lado como si fueran ciegos. En el transcurso del tiempo el sexo fue perdiendo terreno frente a estas charlas, pero como Juan era bastante culto y a Jazmín eso no le interesaba, se fueron quedando sin cosas que compartir y la relación se desgastó. Juan se dio cuenta y una noche le dijo en la oscuridad:

—Me parece que lo nuestro no da para más.

Jazmín suspiró aliviada. Le tenía estima a este tipo que le ahorra tomar la iniciativa de terminar. Entonces ella preguntó:

—¿No me vas a decir de qué estás viviendo?

—No es cosa tuya.

—¿No quieres que te ayude?

—Nunca.

—Te puedo dar un puesto jerárquico...

—Nunca.

—Te puedo dar plata como para que te quedes tranquilo el resto de tu vida.

—Nunca.

Se quedaron en silencio más de media hora acostados uno junto al otro, y Jazmín volvió a preguntar:

—¿Vas a seguir usando esos calzoncillos ridículos? —Siempre.

Jazmín reía por lo bajo, pero de pronto oculta por la oscuridad se puso muy seria, e hizo la última pregunta:

—¿Me amás?

—No, nunca —contestó Juan sabiendo que era lo que ella necesitaba. Jazmín se sintió más aliviada todavía y le dijo en un susurro apenas perceptible lo que no hubiera sospechado jamás decirle a un hombre:

—Gracias.

XVIII

Después de esta relación —que fue la más profunda que había tenido— Jazmín se dedicó exclusivamente a los negocios y se olvidó del sexo. Al llegar a los cuarenta y cinco años llevó a la práctica la decisión que había tomado mucho tiempo atrás, adoptar a un chico. Con su dinero y poder los trámites le resultaron más fáciles que a la mayoría de la gente y finalmente se hizo de un chiquito lo más rubio posible, de menos de un año. Puso una niñera a criarlo, con la idea de verlo poco y vigilar de cerca su evolución. Contra lo que se proponía al principio, Jazmín se quedó cuidándolo una de las primeras noches. No sabía por qué, pero supuso que quizás necesitaba acercarse a lo que siente una madre que cuida al hijo, aunque fuera por un rato. Eduardito se despertó a la madrugada. A Jazmín ya le habían dejado la mamadera preparada y esperando en un termo con la temperatura justa para que ella no tuviera que molestarse en lo más mínimo, así que se dispuso a darle de comer y a pesar de que ya era una mujer madura lo hizo con la alegría y disposición de una nena que juega a la mamá. Iba a dársela directamente en la cuna pero le dieron ganas de levantarlo. Cuando lo tuvo en sus brazos el bebé se calmó y le apoyó su manita el pecho. Jazmín sacó una de las tetas, que estaban apenas un poco caídas, aún hermosas y suaves pero secas. Eduardito se prendió del pezón y empezó a chupar al tiempo que presionaba con la manito. Se impacientó cuando no obtuvo nada, y Jazmín le dio por fin la mamadera antes de que empezara a berrear. Ella había sentido un ligero placer con el chupar del bebé pero no había lujuria en eso, había sentido por unos segundos otra cosa. No sabía de qué se trataba, a lo mejor era solo ternura. Durmió a Eduardito en sus brazos y cuando lo dejó en la cuna no pudo volver a descansar, estuvo el resto de la noche dando vueltas. Sentía que iba a quedar irremediablemente atrapada en las estupideces imprescindibles de lo cotidiano, pero no había vuelta atrás, entre ella y su hijo adoptivo acababa de cerrarse un

pacto. No lo podía verbalizar, era una intuición de esas que no dejan margen. En cada ocasión que el nene veía a Jazmín, se le iluminaba la cara de felicidad y le dedicaba una sonrisa. A ella le resultaba cada vez más difícil permanecer indiferente. Era una aceptación absoluta, una alegría genuina la que le dedicaba el bebé, no había cálculo en sus reacciones, no había conveniencias ni intenciones ocultas. Sin darse cuenta, Jazmín estuvo cada vez más presente en la vida de Eduardito, recibió infinidad de besos y abrazos tan espontáneos como efusivos. Una de las cosas que más la admiraban era que el niño no prestaba atención a los regalos y golosinas que le llevaba. La amaba, por lo menos por ahora, ¿y ella, era capaz de amar a alguien todavía?, ¿qué era el amor? Ella pensaba que todos los intentos de explicar y definir el amor eran puras estupideces, y a pesar de que nunca había amado a nadie, de eso estaba segura. Eduardito creció, fue a los mejores colegios, dio mucho menos trabajo que cualquier chico normal y siempre superó las expectativas máximas que se tuvieran sobre él. Era prolijo, atento y considerado. El chico hubiera sido el orgullo de cualquier padre o madre, y también era el orgullo de Jazmín que sin saber todavía qué era el amor, amaba a su hijo incondicionalmente. Ella había adaptado sus horarios para llevarlo al colegio y traerlo personalmente, sin importar la trascendencia de ninguna reunión, ni de ninguna persona que quisiera verla. No se perdió ninguno de los actos del colegio, ninguno de los momentos en que su hijo iba descubriendo todos los días alguna cosa nueva. Ella estaba siempre ahí, para ver su reacción y compartir su crecimiento. Sólo en una ocasión Eduardito se mostró preocupado. Estaba todavía en el jardín de infantes y se había muerto el abuelo de uno de sus compañeritos. Muy serio miró a su madre, y le preguntó:

—¿Vos también te vas a morir?

Jazmín se dio cuenta de que la situación era trascendente y puso todo de sí para responder sin mentirle y tratar de calmar la angustia de Eduardito.

—Cuando vos seas grande y tengas varios hijos, yo voy a ser muy viejita y entonces un día, cuando esté muy cansada, me voy a ir al cielo a estar un poco tranquila y a esperarte a vos, que vas a tardar mucho tiempo porque vas a estar muy ocupado; igual, falta tanto, pero tantísimo para eso, que ahora no importa.

Le pareció que lo había aliviado un poco pero no supo cuánto, no supo si había dicho lo correcto, si había hecho más mal que bien y ahora, la acongojada era ella.

Cuando estuvo más grandecito y comenzó con los deportes, Eduardito tuvo en su madre a su hinchita infaltable. Siempre iba a verlo a todos los partidos, siempre estaba presente en todo evento importante que surgiera, aunque tuviera que contentarse con mirarlo a la distancia. Lejos de protestar como otros chicos, que prefieren a cierta edad comenzar a manejarse solos, él no se molestaba nunca con Jazmín, incluso se lo veía orgulloso cuando ella aparecía. Miraba sonriente a sus compañeros como diciéndoles “Miren, miren la madre que tengo”. Cursando el último año de la escuela secundaria, cuando Jazmín ya planeaba cómo seguiría adelante la educación de Eduardito y cómo le iría delegando responsabilidades para finalmente dejar en sus manos su legado, el chico empezó a tener algunos problemas de salud. Al principio olvidos sin importancia, a los cuales ni siquiera él les prestó atención. Luego, alguna contracción involuntaria de los músculos, como un escalofrío de milésimas de segundos, que prefirió no mencionar a nadie. Cuando comenzó la visión borrosa llegó la incertidumbre, ya que el oftalmólogo al que lo llevó su madre determinó que no era un problema de visión, y pidió urgente una interconsulta con un neurólogo. Este a su vez no quiso adelantar nada y solicitó que hicieran los más complejos estudios de inmediato. La resonancia magnética reveló una pequeña masa en el cerebro, cerca de la glándula pineal, en un lugar inaccesible. Ni siquiera podía pensarse en hacer una biopsia. Los síntomas fueron empeorando y un control apenas tres días después, mostró la velocidad asombrosa a la que crecía. No

importaba si era benigno o maligno, creciendo a ese ritmo en ese lugar, lo mataba. Jazmín se desesperó por primera vez en su vida, también lloró de amargura desconsoladamente por primera vez, y sintió la desesperación y la impotencia, y por primera vez comprendió lo que era el amor. Ni siquiera estaban sus deseos y necesidades de por medio. Si hubiera podido, no habría dudado un segundo en cambiar su vida por la de él. Pero no podía, ni siquiera ella podía. De nada sirvieron las consultas con los mejores especialistas del mundo, en las más prestigiosas clínicas, con los más modernos aparatos y tratamientos. Finalmente Jazmín comprendió que Eduardito moriría, que el único ser en el universo al que ella había amado, simplemente no estaría más.

XIX

Cuando quedó en estado de inconsciencia permanente, lo llevó a su casa, a su habitación, para que muriera entre sus cosas junto a su madre, y se quedó los días y las noches junto a su hijo. Al principio pensaba “Si pudiera morir por él, si pudiera encontrar la forma de que me pasara esa enfermedad, de que yo me hiciera cargo de ella”. Pero era imposible. Permaneció así varios días con sus noches, la mayor parte del tiempo sentada junto a él. Lo observaba, solo lo observaba y ya no pensaba más en si pudiera esto o aquello, ya no pensaba más que lo perdería, ni pensaba más en los recuerdos ni en la felicidad ni en nada. Sentada junto a él llegó a perder la noción del tiempo y no solo no le importó, no se dio cuenta. En la que parecía la última noche, sentada junto a su hijo en la penumbra, le pareció ver una cierta e inexplicable luminosidad en la cabeza de Eduardito. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Por un instante se le ocurrió que era el alma de su hijo que se iba, pero se dio cuenta de que no, no sabía, de que no podía saber nunca qué era eso que veía. Apretó los párpados varias veces para escurrir las lágrimas, y puso toda su intención en ese te-

nue resplandor. Se aferró a eso, no para recordarlo ni para poseerlo. Ella no lo sabía pero sus pupilas comenzaron a contraerse y dilatarse muy lenta y rítmicamente, como si estuvieran tirando de algo, como si estuvieran succionando. De pronto se sintió muy mal, tuvo algunas pequeñas contracciones involuntarias de grupos musculares dispersos, y se dio cuenta de que estaba en ella. Pero también supo que no habría continuidad, que no era un proceso, que estaba en ella de instante en instante. Se alejó de su hijo tambaleándose, con el propósito de poner distancia para que no pudiera volverle a Eduardito eso que había pasado a ella, pero supo de inmediato que la distancia no tenía nada que ver, que no servía para esto. Se fue como pudo manteniéndose alerta segundo a segundo hasta su habitación. Cuando pensaba o intentaba razonar, sentía que se le escapaba algo, que se diluía a otra parte. Abrió el cajón de la cómoda y levantó una franela que tapaba dos armas, una era la 22 que tenía desde joven, la otra un revólver de grueso calibre. Al ver la pequeña pistola sonrió y por un momento recordó a Marcos. “Pobrecito —pensó— cómo lo hice mierda”, pero entonces sintió que perdía eso que no sabía lo que era y tuvo que poner todo de sí para encontrar el camino de los instantes. Tomó el revólver y se dejó caer de rodillas, amartillándolo. Se metió el cañón en la boca hasta que tocó el paladar, un gesto casi imperceptible de alivio le distendió la cara y cerró los ojos con suavidad.

Segunda parte

XX

Esa mañana habían traído a Dalia de vuelta al geriátrico. Había estado dos días en terapia intensiva y tres días más internada. Esta era la segunda vez, todos sabían que a la tercera no volvería o quizás a la cuarta, no importaba. Era un geriátrico privado, que prestaba el servicio para varias obras sociales y también para la Ciudad. Los viejos estaban allí desatendidos, mal alimentados y hacinados. Los inspectores hacían la vista gorda a cambio de unos pesos. Dalia no pudo evitar la angustia cuando la entraron a la pieza que compartía con otras seis ancianas, esa habitación miserable donde había pasado encerrada los últimos años de su vida. Hubiera preferido no volver, morir y terminar de una vez con eso. Ya llevaba casi diez años en esa institución, era muy vieja, no había escape. Su cuerpo se había convertido en su prisión, una prisión dentro de otra. Ni siquiera tenía los elementos y la tranquilidad para poder suicidarse sin que la interrumpieran. Los recuerdos de su juventud eran lo único que la ayudaba a sobrellevar el tedio de la espera. Quizás este fuera su castigo por todo lo que se había divertido, quizás le tocara compensar en esta misma vida con el sufrimiento actual. Había sido una mujer hermosa, deseable. Pronto se había dado cuenta de que podía sacar provecho de ello. Empezó obteniendo algún que otro regalo a cambio de favores sexuales que ella también disfrutaba. Luego lo hacía directamente por plata. Pero

no era de esas putas que llegan por desesperación, por no saber cómo escapar a su destino de miseria, ni de las que reniegan de esa forma de vivir y se prometen a sí mismas dejar todo en cuanto junten suficiente dinero, o cuando encuentren a su príncipe azul. Ella tenía bien claro que era puta por vocación. No podía creer en su suerte, ¡que le pagaran por hacer lo que más le gustaba! Lo tomó como una profesión y se perfeccionó para ser la mejor. Leyó todo material que tuviera que ver con la sexualidad, ya fuera físico, psicológico, filosófico o religioso. Trató de obtener toda la información que fuera posible, todo dato o consejo que sus colegas pudieran darle. Averiguó los domicilios de las más viejas putas retiradas y a algunas de ellas las convenció de que compartieran sus experiencias y conclusiones. ¡Hasta les llegó a pagar para eso! Su interés, su capacidad para investigar, su inteligencia aplicada exclusivamente en esa dirección, la convirtieron en la más maravillosa puta de las décadas del 30 y del 40, lo que no era poco. Hoy podría decirse que había sido un gato de lujo, pero ella era mucho más que belleza, se había convertido en una verdadera hetaira o quizás si fuera posible en Occidente, en una geisha. Había aprendido incluso a manejar a voluntad los músculos de la vagina, en una época en que en este lado del mundo nadie imaginaba que fuera posible. Había enloquecido así a muchos hombres, tragándose sus fortunas. Había también rechazado hasta el cansancio propuestas para ser la amante de los más poderosos personajes de la sociedad, algunos hasta habían llegado a proponerle matrimonio. ¡Egoístas!, cada uno la quería solo para él y a ella no le alcanzaban todos los hombres del mundo. La plata que había ganado, se la había gastado disfrutándola. Ropa, viajes, joyas, y cada lujo que existiera, se los había regalado a sí misma a cambio de vender placer. ¡Se había divertido tanto! Imposible que alguien hubiera podido ser más feliz que ella. La declinación la envolvió de a poco y llegó el día en que no pudo competir con las más jóvenes. Se mantuvo vinculada al ambiente como Madama, seleccionó a las chicas, manejó los clientes y recaudó el dinero. Una vez más logró brillar, convirtiendo

al establecimiento en el preferido de los más adinerados. También allí ganó mucha plata, también allí se divirtió, y por supuesto no ahorró absolutamente nada y disfrutó de cada peso ganado apenas le puso la mano encima. Cuando llegó la vejez la hicieron a un lado. No se quejaba, ella tampoco se había hecho cargo de nadie en su vida. Vivió unos años malamente, vivió unos meses en la calle y una noche en que casi muere congelada la llevaron al hospital municipal. Como era una indigente en situación de riesgo la internaron sin preguntarle nada en ese depósito al que la Ciudad le pagaba una suma miserable por cada persona como ella que almacenaban. Solo le quedaban recuerdos. Pero esa misma tarde se iba a llevar la sorpresa de su vida, esa misma tarde iba a surgir como por arte de magia una nueva oportunidad.

XXI

—Tiene visita Dalia —le dijo la mucama mientras le estiraba una colcha presentable sobre la cama y le ponía un poco de colonia barata para tapar el olor a orín seco.

—Está esperando para entrar —le avisó mientras trabajaba rápidamente, y completó—: Como usted no puede ni moverse.

A Dalia no le preocupaba que la vieran en ese estado, ni la mugre ni los olores. Le intrigaba que alguien la hubiera ido a ver, ¿quién podría ser? Los que la habían conocido, o habían muerto tiempo atrás o la habían olvidado. Seguramente era un error. La mucama hizo entrar a un señor de unos cuarenta años y se retiró. Dalia miró unos segundos al hombre de arriba a abajo, como hacía en los viejos tiempos con un cliente nuevo. Era de notar el fino traje oscuro, las botas de vestir, el pelo bien cortado, ninguna joya a la vista. Un hombre de gestos neutros y mirada feroz, fino, educado y adinerado. Medio siglo atrás no se le hubiera escapado, aunque se daba cuenta de que no hubiera podido aprovecharse de él como con tantos babosos. De este hombre no se aprovechaba nadie.

—No lo conozco, ¿a quién quería ver usted? —preguntó Dalia.

El hombre arrimó una silla de plástico y mientras se sentaba le dijo con seguridad:

—A usted, Dalia, precisamente a usted.

Ella sonrió, ese hombre venía efectivamente a verla, era como si alguien le dijera “Todavía existís”.

—Estoy segura de que no lo conozco, ¿qué puede querer conmigo un hombre como usted?

—¡Ay Dalia!, te voy a tutear no solo porque aunque no lo parezca soy infinitamente mayor que vos, sino porque conozco cada detalle de tu vida, cada instante y cada sensación, aún mejor de lo que vos misma recordás. —Ella lo miró divertida, el hombre siguió explicando—: Quiero tus conocimientos, tu experiencia y saber, quiero que te pongas a mi servicio.

Dalia estalló en una carcajada, y luego preguntó:

—¿Sabés a qué me dedicaba yo? —el hombre asintió sonriendo apenas—. ¿Y querés mis servicios?, ¿estás ciego o sos estúpido, qué clase de broma es esta?

—No quiero tus servicios, quiero que te pongas a mi servicio; en adelante escuchá con cuidado todo lo que diga, voy a explicarte algunos hechos porque es necesario que comprendas mis motivaciones y objetivos para que cumplas mejor las órdenes que voy a impartirte.

Dalia lo miraba divertida. No tenía razón para pedirle que se fuera, no tenía nada que perder, ni siquiera el tiempo, y este hombre estaba cortando fugazmente su aburrimiento así que lo siguió escuchando.

—En primer lugar no quiero que me tutees, te vas a dirigir a mí como “Maestro”.

—¿Y se puede saber qué quiere de mí, Maestro? —preguntó Dalia con ironía.

—Yo soy... como decirte... un ladrón de energía, estoy en este mundo hace muchísimo tiempo y para mantenerme robo energía de otros hombres; puede presentarse una lucha porque aunque incons-

cientemente, suelen defenderse con ahínco; no es para menos, les va la vida.

—No entiendo nada.

—Podría robarle la energía a cualquier persona pero tendría que vivir luchando; hace mucho descubrí que hay un momento en que los hombres entregan energía al tiempo que pierden el control de sí mismos y diluyen su ego, es en el momento de la eyaculación; por supuesto que la cantidad de energía que entregan no es peligrosa para sus vidas a menos que yo ponga a alguien preparado debidamente que pueda aprovechar ese momento para digamos... vaciarlos.

—Ya voy entendiendo —dijo Dalia— usted está loco.

El Maestro siguió hablando como si no hubiera escuchado:

—Las mujeres, en cambio, en este aspecto funcionan como receptoras, ahí entrarías vos.

—Suponiendo por un segundo que todos esos disparates fueran posibles, ¿quién querría acostarse con esta cosa en que me he convertido?

—De eso me encargo yo, y sería tu ganancia por los servicios prestados; te voy a dar otro cuerpo.

—¿Otro cuerpo?

—Pensá por un instante, no lo niegues ni lo discutas, solo pensá qué podría hacer una mujer como vos, con todo lo que sabés, en un cuerpo joven y hermoso. —Dalia se lo imaginó y no pudo evitar sonreír. El Maestro siguió—: ¿Qué dirías si yo te propusiera transmigrar tu alma, tu mente, tu yo, a otro cuerpo, uno que recién haya dejado la pubertad, en el comienzo de su ciclo biológico, con todos tus recuerdos y experiencias intactas?

—¡Qué estupidez!

—No lo niegues, ¿qué podrías perder?, no lo niegues, solo imaginalo por unos instantes.

Una sonrisa de placer iluminó la cara de Dalia mientras entornaba los ojos.

—¡Sería fantástico! —se le escapó.

—Sí, fantástico. Quiero mostrarte algo, no te asustes, cerrá los ojos —le indicó poniéndole una mano sobre la frente.

Dalia sintió un mareo, miró hacia abajo y vio su cuerpo y al Maestro con la mano aún sobre su frente. Se aterrorizó y quiso volver, pero algo no la dejaba y sabía que era el hombre ése. Él miró hacia arriba, directamente hacia sus ojos y sonriendo ampliamente por primera vez, le preguntó:

—¿Qué se siente estar afuera?

Luego sacó su mano, ella se sintió en caída libre y después un sacudón. Abrió los ojos y estaba allí, acostada donde siempre. El Maestro la miraba todavía sonriendo, entonces su gesto se volvió despiadado y le dijo:

—Ahora vamos a ver quién es el estúpido. —Dalia todavía no reaccionaba, él siguió hablando—: No hay tiempo, es ahora o nunca; puedo pasarte a otro cuerpo pero tenés que estar de acuerdo y tenés que decidir ya.

—Pero, y ese otro cuerpo...

—Es de una chica en estado vegetativo, su familia no se resigna a desconectar los aparatos; vas a tener que trabajar para recuperar ese físico y enterarte cómo se llamaban sus parientes y sus amigos, cómo era su vida antes. Cuando estés lista, te daré mis órdenes.

—¿Y cuáles serían?

El Maestro suspiró con fastidio, revoleó los ojos y agregó:

—Te voy a indicar algunos hombres con los que te tenés que acostar; voy a estar en contacto para absorber gran parte de su energía en el momento apropiado; por lo demás, para vos van a ser relaciones comunes y corrientes, si es que no tenemos en cuenta los impedimentos de sus debilidades; de lo que yo haga ni te vas a enterar. —Y concluyó—: Después de haber sido durante toda tu vida semejante puta, no creo que tengas escrúpulos con eso.

—Fui una reverendísima puta, pero no una asesina.

—No van a morir ahí nomás.

—¿No?

—Se van a sentir satisfechos, saciados, y muy cansados; les va a parecer que se recuperan, aunque nunca lo suficiente siquiera para volver a tener otra relación sexual.

—¿Nunca?

—No olvides lo que te dije.

—¿Qué?

—Lo de “Maestro”.

—¡Ah!, ¿nunca, Maestro?

El hombre sonrió.

—Nunca; luego según la edad y el residuo energético que les haya quedado algunos vivirán unos meses, otros uno o dos; van a estar inermes ante cualquier agente externo que los infecte o contamine o bien serán desbordados por sus predisposiciones mórbidas individuales.

—No me parece justo —dijo Dalia pensativa.

—En la naturaleza no hay justicia, solo supervivencia, y en la sociedad... vos lo sabrás mejor que yo.

—Pero pensar que van a morir por mi culpa...

—Van a morir porque están vivos.

—Lo que hace usted es matar para vivir.

—La vida vive matando, ¿o cómo te creés que viviste hasta ahora?

Se hizo un largo silencio que rompió el Maestro. —¿Alguien se preocupa por vos?

Dalia se quedó pensando unos momentos más y luego preguntó:

—¿Cuántos serían?

El Maestro sonrió triunfal, estaban negociando.

—Cinco o seis tal vez; luego me voy, no me ves nunca más y te quedás a vivir otra vida con tu nuevo cuerpo.

“¿Qué puedo perder —pensó ella— a quién le debo nada?”, se preguntó, luego miró al Maestro a los ojos y le dijo:

—Acepto.

—¿Acepto qué?

—Acepto, Maestro.

XXII

El Maestro puso la mano en la frente de Dalia, pero esta vez no fue tan rápida ni tan fácil la salida. Sintió un hormigueo que le subía desde los pies a la cabeza, tuvo sensaciones de vértigo que iban y venían y sintió que su cuerpo se volvía cada vez más pesado, hasta que empezó a hundirse con rapidez, tanto que le pareció que caía por un precipicio infinito. No veía y el vértigo se instaló predominante. Así estuvo por un espacio de tiempo indefinible, hasta que sintió como si la hubieran tirado contra una pared. Abrió los ojos. Se encontraba en una habitación desconocida, un cachet de suero goteaba lentamente hacia su sangre y un aparato junto a la cama emitía un zumbido intermitente. Una enfermera entró llevando algunas cosas pero al ir hacia ella y encontrarse sus miradas, revoleó todo por el aire y se fue gritando. Pronto la habitación se llenó de gente que caminaba febrilmente de un lado a otro. Le sacaron un grueso tubo que se le metía profundamente por la boca y le hicieron varias preguntas pero no podía contestar porque tenía la garganta como si se la hubieran lijado. La enfermera mojó un algodón y miró al doctor esperando que asintiera. Así le dio de beber varias veces y el dolor de la sequedad se fue diluyendo. Entonces el doctor se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Cómo te sentís?

—Mareada.

—¡Increíble! —exclamó el doctor, mientras todos asentían sonrientes.

Con las horas fueron llegando desconocidos que la abrazaban llorando. Ella se mostraba confundida pero su mente funcionaba a la perfección. Siguiendo las instrucciones del Maestro, se dedicó a tra-

tar de ubicar la relación que había tenido la anterior ocupante de ese cuerpo con las personas que iban apareciendo. Identificó a sus padres, sus hermanos, algunos familiares y amigos. Se enteró del accidente de moto que había sufrido con su novio, del terrible golpe en la cabeza por no llevar casco, de que no la habían desconectado simplemente por el empecinamiento de su madre y que había permanecido en estado vegetativo veinte días. Cuando les dijo que no recordaba muchas cosas, la tranquilizaron aclarándole que eso era normal. Ya iría recuperando la memoria. De lo primero que se había enterado esa tarde, fue de su nombre, que muchos repetirían incontables veces antes de que terminara el día. Jazmín, ella se llamaba Jazmín. “Qué coincidencia notable, cambié una flor por otra”, pensó ella oscuramente sorprendida.

Al principio no querían que se viera en el espejo pero ella no se alarmó ante su reflejo, se dio cuenta de inmediato que esos rasgos demacrados camuflaban una belleza deslumbrante, se dio cuenta de que su cuerpo, si recuperaba la fuerza y algunos kilos, era maravilloso, y cuando por fin la dejaron sola para que descansara estuvo riendo un buen rato. Tenía que sobrellevar la recuperación física, que comparado con lo que venía sufriendo en la cama del geriátrico pestilente, no era gran cosa, sobre todo si se tenía en cuenta que ahora había una meta, un futuro. No iba a ser difícil cumplir con la misión del Maestro y luego quedaría libre, con una vida por delante para divertirse y pasarla bien. Ya había notado que el lugar era de lujo, que sus familiares vestían las mejores ropas, que con lo que valía el reloj de “su papá” podría comer una familia pobre por un año. No volvería a su vida anterior vendiendo placeres carnales, no porque renegara de cómo había vivido siendo Dalia, sino para probar una vida distinta, quizás el poder mismo. Su experiencia y conocimiento le resultarían invalores en ese cuerpecito precioso, pero ya no sería más Dalia, ni siquiera para sí misma. Ahora era Jazmín.

Pasó unos días más en la clínica reponiéndose y juntando información sobre su nueva familia. Le resultó particularmente pesado aguantar

a su madre, esa mujer que se suponía que la había salvado y que con sus cuarenta y cinco años, a Jazmín —que todavía no se desprendía de Dalia— le parecía que podría haber sido su nieta. Aunque fuera lógico, le resultaba chocante que la tratara como a su hija. Como si esto fuera poco, era tan pegota, tan llorona, tan... le parecía tan estúpida; consumida como si la enferma hubiera sido ella, como si ella hubiera sido la que enfrentara a la muerte durante tanto tiempo. Llevaba las marcas del sufrimiento en las prematuras arrugas de su cara. Jazmín se dio cuenta de que su nueva madre —esa pendeja imbécil— había pasado los días y las noches pendiente de su hija, que había dejado de comer, que había llorado hasta ahogarse en sus propias lágrimas. No la podía entender. Sería porque ella nunca había amado a nadie, sería porque no sabía qué era el amor. Pero sabía que era frecuentemente confundido con la posesión, y era posible que esa mujer necesitara a su hija para seguir viviendo. Podía llegar a entender eso, pero entonces ¿por qué no se había matado y listo? El sufrimiento por el que pasaba no lo entendía, no lo admitía y le provocaba una sensación de desprecio que le costaba cada vez más disimular. Ella era una persona educada, que había tenido tiempo y recursos para estudiar, pensar, reflexionar, incluso entender algunas cosas. ¿Para qué se imponía ese castigo, cómo no se daba cuenta de que el autosacrificio es siempre una ilusión? ¿O acaso eso que llamaban amor era tan fuerte que la obnubilaba, que no la dejaba ver las cosas como eran? En fin, tendría que aguantarla un poco, no demasiado. Ya sabía también que pronto cumpliría 17 años, una buena edad para ir dejando de lado a unos padres que en realidad no tenían nada que ver con ella, que eran solo los padres del envoltorio, los gestores de la carne fresca, pensó.

XXIII

Cuando la llevaron a la casa ya conocía a toda la familia. No se había equivocado, era la casa de un millonario. La satisfacción de Jazmín

al comprobar sus observaciones, pasó como si fuera la felicidad por la vuelta al hogar. No sería la primera vez que una exteriorización de ella era interpretada erróneamente. En el vestíbulo, un busto de mármol de alguien que debía haber sido algún emperador de la antigüedad, daba la bienvenida desde el lujo de lo superfluo. El comedor era tan grande que se podían haber guardado una avioneta, tenía una inmensa y elegante mesa donde se podrían sentar cómodamente treinta personas para un banquete, y la cocina parecía la de un hotel cinco estrellas. Algunas habitaciones estaban abajo, la mayoría arriba, cada una con su baño privado. A pesar de que la mansión tenía solo un primer piso, había un pequeño ascensor por el que subieron acompañándola a su cuarto. Una gran escalera de caoba con balaústres tallados, esperaba su paso cuando se sintiera mejor. Pasaron por un salón en el que había una mesa de billar, un gran ajedrez con sus piezas de metales preciosos, y otros lujos. Cuando quería información ponía cara de contrariedad y se tocaba la frente como si estuviera haciendo un doloroso esfuerzo por recordar. De inmediato, quien estuviera con ella le recordaba lo necesario. Estaba muy contenta y se le notaba. El Maestro, ese personaje siniestro, se había portado. Era un verdadero don del cielo o del infierno quizás, no importaba, se había ganado lo que le pidiera y para colmo a ella no le costaba nada, incluso lo disfrutaría.

Cumplió todos los tratamientos, se alimentó bien e hizo algunos ejercicios que le indicaba una fisioterapeuta que la iba a atender a domicilio. Verificaba su evolución admirándose desnuda ante el espejo de cuerpo entero de su pieza, e incluso había empezado a broncearse con una lámpara ultravioleta. Ya en los primeros días se había inspeccionado la concha, metiéndose los dedos en profundidad. Lo único que me faltaba —había pensado— soy más virgen que María. Se agenció en la cocina de un pepino del tamaño de una pija moderada. Ya se conseguiría en el futuro juguetes más interesantes, ahora necesitaba irse dilatando, no iba a permitir que un hombre le hiciera doler, iba a desvirgar ese cuerpito delicado y quería ir de a poco con algo de un tamaño

razonable, sobre todo con el culo, en el que apenas podía meterse el dedo. Todas las noches, al irse a dormir la nena dedicaba un ratito a estos menesteres, primero como si fuera un ejercicio, luego por gusto. No le costó mucho metérselo en la concha, pero con el culo tuvo que tener paciencia y ser perseverante, porque tal como dice el refrán, lo tenía cerrado como muñeco. Se acostaba desnuda y se lo metía con delicadeza. Le gustaba tenerlo adentro y moverlo lento y despacio. Algunas veces se durmió así, aunque tenía que tener mucho cuidado, no quería que al otro día la encontrara la pelotuda de su madre con eso. Con el transcurrir de las noches logró ir entrándoselo cada vez más. El anal no la había entusiasmado nunca pero quería tener la capacidad de hacerlo sin que fuera una tortura. También ponía mucho esfuerzo en controlar los músculos vaginales. Era un entrenamiento largo y tedioso, que incluía interrumpir el chorro de orina para retomarlo de inmediato y asociar ese control del esfínter a la musculatura involuntaria en un proceso muy difícil, pero que ella conocía de antes. Tenía muy presente que esa habilidad que tan ventajosa había sido cuando era Dalia, en una ocasión le había provocado graves problemas. Hoy entendía que también esa experiencia, aunque a muy largo plazo, le había servido.

Había sido mucho tiempo atrás, cuando su fama de refinada he-taira se había extendido de boca en boca por la ciudad, tanto que llegó hasta ella un hombre fuera de lo común. Ella pensó que era uno más, pero en realidad fue su primer contacto con lo sobrenatural, con un poder que parecía no ser de este mundo. Él no le dijo nunca su nombre, solo le comentó que había oído de sus sensuales habilidades, pagó el precio por disfrutarlas y se fueron a la cama. Pronto se dio cuenta de que ocurría algo extraño. Ella siempre tenía el control de la relación sexual con un cliente, pero esta vez no. Cuando ese hombre quería algo, simplemente se lo indicaba como si no tuviera duda de que sería complacido de inmediato, y lo verdaderamente raro era que ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de obedecer, o eso creyó al principio porque luego notó que era algo más sutil. Más que a

obedecer estaba dispuesta a dejar hacer, al punto tal que si el hombre le hubiera dicho que estirara el cuello para cortarle la yugular, ella no hubiera dudado un segundo. Se imaginó mirando el cuchillo ir directamente hacia su cuello y supo que lo hubiera dejado matarla sin un gesto de contrariedad siquiera. Por fortuna el hombre no la sometió a ningún acto de sadismo ni le hizo daño. Como le había dicho mientras le pagaba, sólo quería tener una relación sexual como si fueran un matrimonio recatado, con el agregado de que ella debía poner en acción sus capacidades. Por lo demás, la relación no tuvo ninguna rareza, salvo que el hombre con toda naturalidad la besó en la boca metiéndole la lengua y frotándola con la de ella, recorriéndole el espacio entre los labios y las mejillas, con un desparpajo y desinhibición propias de quien que no tiene noción del rechazo. Dalia, como todas las prostitutas de su época, jamás permitía que la besaran en la boca, ni siquiera un piquito. Tenía la impresión de que había estado a su merced y aprovechando el buen humor del extraño cliente le preguntó, e insistió hasta que le explicó lo que había ocurrido.

—Es muy difícil de creer e imposible de entender —le dijo, como si quisiera hacerse el interesante.

—Estoy fascinada con tu habilidad, contame, contame que me muero por saber.

El hombre apenas podía contenerse ante la curiosidad de la mujer con la que más había disfrutado en su vida, que lo miraba con incommensurable asombro y admiración y lo estimulaba a que le contara algo que jamás había compartido con nadie. Finalmente su orgullo lo traicionó, y le dijo:

—Tengo una facultad metafísica, que me permite suprimir la voluntad de cualquier persona que esté lo suficientemente cerca para hacer contacto visual conmigo e intercambiar unas pocas palabras.

—¿Cómo lo aprendiste?

—No lo aprendí; puedo contarte algunas cosas, por ejemplo cómo me facilita la vida.

—¿En qué forma te facilita la vida?

—Me dedico a dos tipos de actividades, una es pedir dinero a personas muy pudientes y la otra es divertirme.

—¡Qué interesante!, ¿y te lo dan así nomás?

—Por supuesto; nunca les saco una suma muy importante pero el ceder ante una simple orden de mi parte les resulta muy humillante, se deben sentir muy estúpidos después y al no haber perdido mucho, la vergüenza puede más, dan lo perdido por perdido y no se lo comentan a nadie.

—No te gusta aprovecharte demasiado de la gente.

—Sólo algunas veces, cuando alguien me ha ofendido o incluso si me ha mirado con arrogancia, puedo agregar una tocada de culo; una vez a uno que se creía muy superior, le hice comer un moco que me acababa de sacar de la nariz frente a él.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Dalia riendo.

—Fue la única vez, es muy peligroso dejar a un hombre humillado y yo no tengo necesidad de correr ningún peligro, con todo lo que puedo necesitar al alcance de la mano con solo exigirlo.

Dalia seguía fingiendo admiración y hasta ponía cara de nena boba enamorada, pero en realidad sentía desprecio por este cobarde aprovechador.

—¿Y cómo te divertís?, porque a mí me pagaste como todos y te la podías haber llevado gratis.

—Me divierto cogiéndome a toda mujer que me dé la gana, pero el sexo en sí mismo ya no me resulta suficiente, por eso no lo apliqué con vos desde un primer momento; ya no entrás en el rango de mis diversiones corrientes.

—No entiendo.

—Al principio, simplemente me acostaba con cualquier mujer que me gustara, pero llegó un momento en que todo era meramente físico y el saber que ellas no sentían nada por mí, empezó a arruinarme la diversión.

—Eso se entiende, pero no sé qué podrías agregarle. —Para mantener desconectada la voluntad de otra persona hace falta que yo permanezca con cierto grado de concentración en la intención de lo que hago; estoy entrenado en esto y además no es una concentración absoluta, solo mantener en mente lo que estoy haciendo. Sin embargo...

—¿Qué?

—Cuando llega el momento de la eyaculación es imposible mantener ese control y la mujer libera su voluntad pero en una situación muy extraña, porque se encuentra que se la está cogiendo un tipo que no conoce, sin sentir nada por él e incluso sin tener ganas, y aparentemente por propia voluntad.

—Entiendo, pero...

—Lo que hago para aumentar mi diversión, es liberar la voluntad de mi víctima mucho antes, incluso cuando recién empiezo, así disfruto no solo del sexo, sino también de la contrariedad, la vergüenza y la mortificación que le provoca a una mujer decente encontrarse en esa situación y ni siquiera tener derecho a recriminar nada.

—A una mujer decente...

—Bueno, sin ofender —dijo él dándose cuenta que la simpatía entre ellos no era recíproca.

Entonces Dalia pareció comprender algo y le dijo de mala manera:

—¡Pero eso es una violación!

—¡No, si se dejan!

—No pueden decir que no, no pueden resistirse, así que no se dejan; te dedicás simplemente a violar mujeres sin violencia física; sería lo mismo que si las ataras y después tuvieras la facultad de hacerlas olvidar lo que les hiciste.

—Puede ser, pero me divierto mucho —concedió el hombre como si no tuviera importancia.

Dalia le dedicó su mejor sonrisa de aprobación. Se daba cuenta de que no debía ir demasiado lejos, de que podía ser muy peligroso. Por ahora estaba segura, él había disfrutado mucho con ella y cuando hay

placer, siempre se quiere más. Por fortuna, el hombre parecía tener un código moral individual y no lastimaba a nadie. Fue la primera y última vez que huyó de alguien. Apenas él se fue, juntó sus cosas y se tomó un tren a otra ciudad sin decir a nadie adónde iría, cortando todos sus lazos con sus relaciones de entonces. No quería que la volviera a encontrar, no resistía la idea de estar indefensa, así que decidió ir cambiando cada tanto de lugar e incluso de nombre. Ahora que era Jazmín y tenía la oportunidad de una nueva vida, se le ocurrió que quizás no hubiera sido infructuosa esa experiencia, que la había ayudado a sobrellevar su encuentro con el Maestro, que la había preparado para no entrar en pánico o volverse loca, como le hubiera pasado a cualquier otra persona consciente de su propia trasmigración, que la había ayudado a aceptar ese asunto del robo de energía. Ese violador no tenía ninguna relación con el Maestro, pero igual le había servido tanto como le había servido vivir una vida mundana y larguísima, tanto como le había servido que el Maestro llegara cuando ella no tenía nada que perder y el miedo no tenía sentido.

Era extraño, pero uno de los recuerdos más vívidos de la vida de Dalia era la huída, cuando sentada junto a la ventanilla abierta el viento frío le pegaba en la cara. Le parecía que la purificaba. Fueron unos minutos en que se sintió más libre que nunca. Muchos años después, cuando estaba postrada en el geriátrico le parecía que podía sentir ese viento que le anunciaba que la vida era suya. Ahora que lo evocaba también lo sentía.

XXIV

Le comentaron que su noviecito había estado hospitalizado. Lo de él había sido menos grave pero todavía no se recuperaba del todo. Le habían puesto un clavo adentro del hueso de la pierna, y una serie de clavos más chicos que la atravesaban hasta una barra externa de acero a

la que se unían. Configuraba todo un gran aparato que le permitía moverse con muletas. El muchacho había querido ir a verla, pero el padre de Jazmín estaba enfurecido porque lo culpaba del accidente. Cuando Jazmín estuvo lo suficientemente bien, decidió conocerlo. El Maestro todavía no aparecía y ella necesitaba divertirse un poco. Si el pibe estaba más o menos bien, iba a cogérselo. Antonio fue apenas lo llamó. El padre no estaba en la casa, y la mamá ya no lo culpaba así que después de los saludos, Jazmín se lo llevó a su habitación. No sabía bien qué tipo de relación tenía con él, no podía entender que siendo su novia no hubieran cogido nunca porque se suponía que eran novios desde hacía más de un año. No lo podía comprender, pero iba a averiguarlo rápido. Una vez en su pieza, Jazmín cerró la puerta y le preguntó:

—¿Cómo era nuestra relación?

—¿Era?, ¡somos novios!

—Sí, ya sé, pero no recuerdo muy bien y no me parece que hayamos tenido mucho sexo.

Antonio estaba verdaderamente estupefacto y le dijo:

—Estuvimos de acuerdo en esperar un poco, vos no te sentías muy segura y yo no tuve problemas.

—Si un pendejo de tu edad no tiene problemas con esperar es porque seguramente anda putañeado.

—¡Jazmín!, ¿cómo decís eso?

—No teagas drama, no me importa; lo único que quiero por el momento es que nos echemos un buen polvito.

—¿Estás loca?

—Por el aparato que tenés en la pierna no te preocupes, garchamos de parado, ni siquiera te vas a tener que mover. —Jazmín le bajó el pantalón, se dio vuelta apoyando los antebrazos en el escritorio con las piernas algo abiertas y le preguntó—: ¿No me vas a levantar la pollera?

Antonio la levantó y exclamó:

—¡No tenés bombacha!

—Y vos no tenés cerebro —dijo ella furiosa y buscó con la mano bajo el calzoncillo—. ¡Ni siquiera se te paró!

Antonio no lograba articular palabra y Jazmín lo sacó a empujones de su cuarto mientras le gritaba:

—¡Rajá de acá puto de mierda, ya no sos más mi novio, no te quiero ver más!

Unas horas después recibió un llamado telefónico.

—¡Si es Antonio que se vaya a la mierda! —le gritó Jazmín a su madre, que había quedado con su salud quebrantada y desarrollaba un miedo creciente hacia su hija plena de exabruptos.

—No es Antonio —le aclaró disculpándose— dice que es maestro tuyo... no sé, no me animé a negarte

Jazmín atendió de inmediato y reconoció la voz del Maestro.

—¿Jugando por tu cuenta?

—Solo quería probar, Maestro, no se olvide lo puta que fui.

—Parece que estás lista.

—Estoy lista.

El Maestro le pasó la dirección de un bar y allí quedaron en encontrarse.

XXV

Cuando Jazmín entró, una conmoción silenciosa se extendió entre los hombres. Nadie pudo dejar de admirarla. Ella vio al Maestro sentado en un rincón y fue hacia él, que la recibió con una franca sonrisa de satisfacción. Había elegido bien, Jazmín era una soberbia hembra.

—Vamos a empezar, así ganamos tiempo.

—Sí, me interesa terminar con nuestro trato lo más rápido posible.

—En este momento los únicos intereses que importan son los míos —le aclaró el Maestro con seriedad. Jazmín asintió y el

Maestro siguió—: Ya tengo dos tipos, uno es un viejo adinerado y poderoso.

—¿Irá a funcionar?

—Hace mucho que no, pero no se resigna y suele pagar a las prostitutas del más alto nivel solo para manosearlas y chuparlas, ¿te da asco?

—Nada me da asco —contestó segura.

El Maestro le tendió un anillo de cobre y le siguió explicando:

—Yo voy a estar conectado con este anillo, si conseguís que eyacule hago mi retiro de su cuenta energética —terminó sonriendo.

Jazmín, que escuchaba concentrada, afirmó:

—Si hay una mínima posibilidad de hacerlo reaccionar yo lo consigo, pero no creo que tenga mucha energía.

—Cómo explicarte... más que un ladrón de energía soy un predator, las presas débiles me garantizan el éxito.

Jazmín lo miró esperando que siguiera.

—Hace veinte años, aun inconscientemente este hombre se hubiera defendido, yo habría sufrido un gran desgaste y puesto en peligro mi integridad —y siguió— lo convencí garantizándole satisfacción.

—¿Y cuándo es esto?

—Te espera en un departamento, afuera está el remis —dijo el Maestro alargándole una tarjeta.

Jazmín la tomó, saludó con su sonrisa y se fue en busca del viejo verde. Cuando entró al departamento el viejo se presentó:

—Bienvenida, soy Franco.

—Jazmín —dijo ella estrechándole la mano como si fueran dos empresarios en una reunión de negocios. Franco la miraba baboso. A primera vista no se le notaban tanto los años porque tenía el pelo teñido, en contraste con las arrugas y manchas cobrizas en la piel. Las uñas abombadas y cuidadosamente esculpidas por una manicura brillaban artificialmente, las cadenas de oro en su cuello y muñeca no ayudaban a mejorar la impresión, tampoco la dentadura de implantes de titanio

con coronas de porcelana de perfección industrial. Se había hecho un lifting en la cara, y le habían puesto colágeno dándole la inexpressión de un muñeco. Esmero cobarde para escapar del tiempo.

—Podrías ser mi bisnieta —comentó él buscando su reacción.

—Pero soy la más hermosa putita de la Tierra —contestó Jazmín riendo.

Franco le aclaró:

—El que te recomendó dijo que me garantizaba una relación completa pero quiero que sepas que no pretendo tanto, me alcanza con acariciarte y besarte sin que me demuestres rechazo.

—Me dijeron que tenías un problemita.

—Hace años que no la pongo.

—¿Y querías? —preguntó ella divertida.

—Sería un milagro, pero es lo que más quiero en la vida —contestó Franco resignado.

—Eso es un signo de inmadurez espiritual, ¿sabías? —Franco se sorprendió y Jazmín siguió—: Se supone que pasando los 45, los 50 a lo sumo, ya no tendrías que estar pendiente del sexo y dedicarte a otras cosas, pero bueno, si no todos los hombres son iguales, la mayoría sí.

—Eh... este... —balbuceó él.

—No digas nada, bobito, si querés coger, vas a coger —y se lo llevó de la mano al dormitorio.

—Sacate la ropa y acostate boca arriba —ordenó.

Franco dudó y luego dijo:

—No acostumbro recibir instrucciones.

—Así estás sin ponerla —contestó Jazmín.

Franco obedeció, Jazmín también se desnudó y él contempló con la resignación de un gordo a dieta estricta, el cuerpo firme, bronceado y depilado. Suspiró con la nostalgia en los ojos mientras pensaba “¡Ah, si te hubiera agarrado hace unos años!, no recuerdo haber visto nunca tanta hermosura”. Ella lo sacó de sus cavilaciones.

—Te voy a meter el dedo en el culo como cuando el doctor te palpa la próstata y voy a pasar un impulso eléctrico para que empiece una erección.

—Bueno, qué más da —dijo Franco.

Mientras hacía esto, Jazmín explicó:

—Le voy a hablar a tu pija para que se despierte, es un encantamiento.

Entonces tomó la flácida verga con dos dedos y empezó a susurrarle. Sus labios apenas la rozaban. Franco trataba de asomarse para oír el extraño rezo de Jazmín. No lograba entender, pero en la voz de la bella muchacha se producían inflexiones y cambios de tono que hacían pensar que decía algo importante. De pronto tuvo una sensación extraña y su pija se endureció un poco. Jazmín seguía hablando, siempre al límite del contacto. La vieja y arrugada verga se endureció un poquito más y luego otro poquito. Jazmín se sentó sobre él. “No va a resultar —pensó Franco— no es suficiente”, pero enseguida sintió que la concha de Jazmín succionaba hacia adentro, hubo una pausa y sintió una apretada. Sintió también el calor y la humedad resbalosa de la joven. La erección se completó, ella se movió lento fingiendo susto de nena.

—¡Cómo se puso, vas a hacerme mierda!

El viejo la tenía como en su juventud y gozaba a más no poder. Jazmín gimoteaba:

—¡Qué dura, despatocio!

Franco terminó en una explosión de semen, ella se movió un rato más fingiendo placer con cortos gemidos. Luego se desmontó y se vistió. Franco se dio cuenta cuando ella enfilaba hacia la puerta y trató de pararla entre sollozos de felicidad.

—¡Nos tenemos que seguir viendo!

—Yo te llamo, lo mejor está por venir —le aseguró desde lejos con una sonrisa mientras pensaba “Lo mejor para vos es la muerte, viejo de mierda”.

XXVI

Pocos días después, Jazmín fue citada por el Maestro en el mismo lugar. Lo encontró en la misma mesa que la primera vez y al sentarse frente a él le preguntó:

—¿Le sirvió lo del tipo ese?

—Salió todo muy bien.

—Dígame...

—No, eso no lo preguntes, no es cosa tuya; hablemos del próximo.

Jazmín asintió y a esperó que le diera sus instrucciones mirándolo de reojo.

—Es muy joven e igualmente frágil, tiene veinte años pero una enfermedad hormonal lo hace aparentar once o doce. Es inteligente y sensible, el mundo se limita a su casa y su familia, vive aislado. No fue nunca al colegio, no tuvo amigos ni se relacionó con nadie de su edad, no tiene hermanos tampoco. Su enfermedad es irremediable. Como parte del tratamiento va a ir una psicóloga, vos —y terminó— arreglé las cosas para que estén solos, calculo que vas a tener un par de horas.

—Me sobra.

—No te confíes.

Ella hizo otro gesto afirmativo y se dispuso a escuchar. —Consigue ropa formal, maquillate y peínate para parecer mayor, quizás una lencería provocativa podría ayudar.

—Eso lo manejo yo —interrumpió Jazmín.

—Bueno —dijo el Maestro sonriendo. Le dio una tarjeta y terminó:— Tenés varios días para prepararte.

Ella no se puso lencería erótica, sería demasiado. Además no la necesitaba, conocía a los hombres, en una situación como la planteada con ese muchacho, solo tenía que lograr que se sintiera seguro, que incluso creyera que podía protegerla. Contrató un actor desconocido para que interpretara una pequeña farsa y se presentó en la casa de Ariel.

—Soy la psicóloga.

—¡Ah, sí!, yo soy Ariel, no sé si vamos a poder hacer la sesión, mi mamá salió, no sé cuándo va a volver.

—No importa —dijo Jazmín haciéndolo a un lado— charlamos unos minutos y me voy.

Ariel puso cara de resignación y cerró la puerta. Era cierto, no representaba más de once o doce años, aunque tuviera veinte. Mediría un metro treinta, era rubio y su piel muy blanca. Los ojitos azules, la nariz chiquita en medio de una cara de torta y el cuerpo casi redondo, más hinchado que gordo. Jazmín ya se había sentado en el sofá del living, y Ariel caminó hacia allí bamboleándose de un costado a otro con cada paso. Jazmín sintió un poco de ternura, pobrecito. Antes que Ariel llegara a sentarse el timbre sonó otra vez tocado con furia. Ariel fue a abrir extrañado y Jazmín fue tras él. Un hombre corpulento y amenazador le preguntó de mala manera:

—¿Mi novia está acá?

—¿Su novia? —repitió Ariel.

—¡Esa! —gritó el hombre desaforado, señalando a Jazmín que le dijo al oído:

—Es mi ex, hace tiempo que rompí con él pero me sigue molestando.

—¡Vení para acá hija de puta! —aulló el tipo.

Ariel no decía nada, pero estaba todo previsto y fue Jazmín la que habló:

—Él es Ariel, el dueño de casa, andate o le digo que te eche. El hombre dio un paso atrás con la expresión de alguien que es encañado con una escopeta, y preguntó:

—¿Usted es el dueño de casa?

Ariel dudó unos segundos y miró a Jazmín, que le hizo varias veces un gesto afirmativo.

—Sí —contestó apenas audible.

—Está bien, me voy, no quiero problemas con usted —dijo el hombre.

Ariel seguía inmovilizado y Jazmín le hizo un gesto para que cerrara la puerta. Luego se le acercó y le apoyó la mano en el hombro.

—Gracias, me salvaste, sosteneme que estoy mareada. Jazmín hizo que la agarrara de la cintura y fueron pasito a pasito hacia el sillón del living. A mitad de camino, le dijo que tenía miedo de caerse e hizo que se le pusiera detrás y la abrazara con las dos manos mientras caminaban con pasos de pocos centímetros. Ella le apoyaba el culo y lo frotaba despacito buscando una dureza bajo el pantalón. Al sentarse lo arrastró con ella y tuvo que retenerlo pasándole el brazo por los hombros para que no se escapara.

—Estoy tan avergonzada.

Ariel no contestó y Jazmín perdía la paciencia. “Dale pendejo de mierda, te estoy dando la oportunidad de consolarme”, pensaba.

—Estoy tan avergonzada —repitió.

—Bueno, no se preocupe, no pasó nada.

—Gracias, qué bueno que sos, menos mal que lo echaste a ese imbécil. —Ariel se encogió de hombros y siguió hablando Jazmín.— Cuando te vio se quedó helado, ¿cómo lo echaste!

—¿Fui muy grosero?

—¡Estuviste bárbaro! —le dijo Jazmín apoyándole la mano en el pecho.

Ariel se fue al sillón de enfrente y se quedó mirando el piso en silencio.

—Empecemos el tratamiento —dijo Jazmín yendo hacia él. — Vamos a hacer una regresión, ¿sabés qué es eso?

Ariel negó con la cabeza.

—Te vas a imaginar que sos un bebé, decí “soy un bebé”.

Ariel dudó y Jazmín gritó:

—¡Vamos carajo!

—Soy un bebé —dijo Ariel.

Jazmín se subió la pollera y se le sentó a horcajadas. Se desabrochó el saco y la blusa. No usaba corpiño. Tomó la cabeza de Ariel y le puso el pezón en la boca:

—Tomá la teta.

Ariel se prendió, se le llenaba la boca de saliva que tragaba como si fuera leche, succionaba con avidez y Jazmín lo dejó ensimismarse. Cuando le pareció que el muchacho chupaba con pasión, le buscó la pija. Encontró una pequeña dureza y sacó una salchichita de copetín. Se la puso y como solo ella sabía hacerlo, la apretó adentro. Ariel soltó el pezón, arqueó la espalda y se desvaneció. “¿Ya está?”, se preguntó Jazmín. Se metió un dedo y olfateó la humedad, había terminado. Se arregló la ropa, Ariel la miraba como borracho y no decía nada, Jazmín tampoco dijo nada. Al irse recordó la ternura que le había provocado. “Qué raro, ahora lo mataría con mis propias manos”, pensó.

XXVII

Unos días después, recibió nuevamente el llamado del Maestro. Lo encontró exultante.

—Sos increíble, no sabía si con el viejo solo habías tenido suerte pero lo del chiquilín ese...

—Ariel.

—Sí, lograste lo imposible.

—Parece que salió bien.

—Perfecto; lo que viene ahora es más fácil, un tipo sin impedimentos de unos treinta años, te va a recontracoger sin que tengas que hacer ningún esfuerzo.

—¿No elegía hombres que no se pudieran defender? —Este es tan pasional y tan poco reflexivo, que mis acciones van a pasar tan desapercibidas como con los otros.

—Más todavía —afirmó Jazmín y se sacó el anillo tirándolo con desdén frente al Maestro.

Él la miró tratando de intimidarla y preguntó en voz baja:

—¿Ya te olvidaste quién soy?

—No lo supe nunca, pero no me vas a usar más, nadie me va a volver a usar; de ahora en más voy a vivir solo para mí, vos, fuiste.

—¿Te volviste loca?, sabés mejor que nadie de lo que soy capaz de hacer —amenazó el Maestro al borde de la cólera.

—Lo que hiciste fue increíble, no sé cómo lo conseguiste ni quiénes, pero no creo que puedas hacerme nada; dejaste muchas cosas en el misterio para que yo pensara que eras el diablo, o un brujo. —Hizo una pausa y siguió—: Maestro... sos patético.

—¿Vas a incumplir nuestro trato? —preguntó el hombre ahora con tono y ademanes displicentes.

—Exacto, no cumplo nada y te mando a la mierda, hago la mía.

—Te voy a volver al cuerpo del que saliste.

—¡Debe estar recontrapodrido! —exclamó Jazmín riéndose.

—...a otro parecido.

—No te gastes, boludo, para hacer la trasmigración pediste mi acuerdo, seguí instrucciones, hice gran parte del trabajo y no creo que vos solo me puedas hacer gran cosa, es más —agregó— no creo ni que seas capaz de cogerme.

Jazmín se puso de pie y esperó unos momentos por si había respuesta a su desafío. El hombre estaba callado, inmóvil.

Parecía un perro abandonado al costado de la ruta. Ella salió triunfante del bar y más feliz que nunca. Esa misma noche mientras dormía sintió que intentaban estrangularla. Trató de despertarse pero la retenían en el sueño y se entabló una lucha desesperada entre ella y lo que no la dejaba salir a la conciencia. Finalmente logró despertar con la sensación de que se sacaba algo de encima y repudiándolo con el pensamiento lo alejaba. Recuperó el aire como si hubiera estado sumergida al límite de lo soportable. Otra persona se hubiera aterrorizado pero Jazmín estaba eufórica, sabía que el Maestro la había atacado y que lo había vencido. Sabía que esto le había costado mucha de la energía que él tanto apreciaba y también sabía que no le habían quedado ganas de meterse con ella. No tenía miedo y no lo iba a tener nunca más, era libre otra vez.

XXVIII

Pasó unos días descansando y comportándose como nena buena. A pesar de que hacía rato que se había recuperado, no volvió al colegio. No porque no tuviera nada que aprender. En su vida anterior tampoco había recibido instrucción formal y no le hubiera venido mal aprovechar. Sin embargo, su mente no era la de una chica, no podía estar entre compañeritas día tras día, recibiendo lecciones de profesores que conocían sus materias, pero que en otros aspectos de la vida le iban a la zaga. Fue un disgusto grande para sus padres. Su mamá estaba cada vez más distante, algo había cambiado y no lo podía precisar. Jazmín, a esta altura, la aterrizaba, y la culpa la desbordaba. Cayó en una depresión, se la pasaba acostada en su habitación. Esto a Jazmín la liberaba de la única relación que hubiera pretendido controlarla. El padre llevaba su vida por otro lado. Quienes habitaban esa casa eran solo la parte formal de su vida, la que menos le interesaba. Los dos hermanitos, pasaban todo el día en la escuela y volvían para cenar y dormir. El personal de servicio se limitaba a hacer su trabajo.

Mientras acumulaba más información y trataba de decidir el camino a seguir, pasaban los días y se aburría. Necesitaba divertirse. Se había agenciado a un negro ordinario y servicial, al que mantenía en uno de los barrios pobres de las afueras, pero no le alcanzaba. Una noche sorprendió a la sirvienta golpeándole la puerta de su cuarto. En estas residencias siempre había habitaciones de servicio para las muchachas con cama adentro. Una pieza minúscula, casi un placard con un pequeño baño donde se apiñaban los artefactos, en el lugar más apartado de la casa. Con un ventilete que por un caño llegaba al techo, era la típica habitación de la sierva. Ella era una boliviana aindiada un poco gorda, de unos veinticinco años que sorprendida abrió la puerta en camión.

—¿Niña? —preguntó dócil la mujer.

—Sacate todo y métete en la cama antes de que se enfríe —ordenó Jazmín a pesar de que la estaba desvistiendo ella misma.

—¡Pero niña! —apenas protestó en voz baja la empleada mientras era metida en la cama a empujoncitos. Jazmín se sacó la bata, se sentó al borde de la cama y le mostró a la mujer una cosa que traía en la mano. Era uno de los juguetitos que últimamente compraba por Internet, un consolador doble que imitaba una pija para cada lado de material flexible y rojo fosforescente. Jazmín lo sostuvo ante los ojos de la mucama y le dijo sonriendo:

—Un pedazo para vos y otro para mí.

La mujer no contestó y Jazmín se metió en la cama. Le puso la mano entre las piernas pero la mucama las cerró. Jazmín puso cara de enojada y le aplicó una suave cachetada en la boca, que más que un castigo era un aviso:

—Cuando yo meto la mano ahí, vos te abrí de gambas. Repitió la operación y la boliviana abrió las piernas. Su mano se encontró con una mata de pelos abundantes y ásperos y Jazmín soltó una carcajada.

—¿Qué tenés acá, guardás el plumero? —preguntó riendo. La mucama solo permaneció en silencio, “la niña” la frotaba y le metía los dedos presionando puntos de placer. Al rato, sin dejar su trabajo, Jazmín le dijo:

—Tenés un aliento de mierda y sos más fea que pisar un sorete descalza, así que te voy a montar.

Hizo que la mujer se pusiera en cuatro, se metió el consolador, y la otra mitad se la introdujo a la mucama. Jazmín se movía como si fuera un hombre, hasta ponía cara de macho. A veces empujaba con fuerza, otras se quedaba casi inmóvil. La mucama suspiraba de cuando en cuando, suspiraba de placer pero quería que pasara desapercibido. Al terminar, Jazmín le regaló el consolador con la condición de que lo tuviera a mano para cuando viniera ella a divertirse. Tenía pensado que lo usaran por bastante tiempo.

—No va a haber mucho tiempo niña.

—¿Cómo que no?

—Usted no sabe, pero yo me entero de todo.

—¿De qué estás hablando?

—De su señor padre, de los planes que tiene para usted. —¡Empezá a contarme ya!

—No sé... escuché algunas cosas.

—Hablá, no te hagas la boluda.

—Le está yendo mal, parece que la quieren casar con el hijo de un hombre más importante que su mismísimo padre, parece niña.

Jazmín se fue a su habitación, quería pensar tranquila. ¿Sería cierto, sería posible?, ¿para qué le iba a mentir la mucama? Ahora que podía disfrutar de una fortuna, ésta tal vez ya no existiera, ahora que se había ganado su libertad se la querían sacar. “¡Viejo de mierda, qué hijo de mil putas! —pensaba— ¿querés usar a tu propia hija para hacer negocios?, está bien, voy a jugar tu juego y vamos a ver quién gana”. Se sentía muy cansada, quería dormir. Sabía defenderse y eso la tranquilizaba. Un gesto casi imperceptible de alivio le distendió la cara, y cerró los ojos con suavidad.

Epílogo

Jazmín soñó con Eduardito, y lo extraño era que sabía que estaba soñando. Su hijo se alejaba, pero antes la miró y le sonrió, y Jazmín supo que él sabía. Era como si le dijera “Entiendo todo, de dónde venís, quién sos, qué hiciste durante tu existencia, todo, incluso el amor que sentiste por mí”, luego se alejaba, y cuando lo perdió de vista se despertó. Se encontró acostada en el piso con el revólver junto a ella. Se dio cuenta de que cuando estaba por disparar le había dado una convulsión y había quedado inconsciente. Sabía que mientras esto sucedía Eduardito había muerto. Fue a ver su cuerpo tendido en la cama y estuvo un rato peinándolo con los dedos. ¿Había sido solo un sueño, o lo había visto irse realmente?, ¿y el tumor que creyó por unos momentos en ella, había sido una ilusión?

La ilusión. Se acordó de cuando se preguntaba si siempre el auto sacrificio era una ilusión, luego miró el cuerpo de su hijo y las lágrimas le comenzaron a caer. Le vino a la mente el recuerdo de su última madre, la verdadera madre de Jazmín, que ni siquiera se enteró de que su hija había muerto pero igual la perdió. Recordó el rechazo que le producía la forma en que dejó que se le desmoronara la vida ante la pérdida de un ser querido. Un par de días después dispersó las cenizas de su hijo en uno de sus campos, el que más le gustaba a él. Una parte cayó cerca, otra la dispersó el viento más lejos. “Chau Eduardito —pensó— ya no te voy a ver más, ya no hay mañana, ya no quiero nada”. Se sintió muerta en vida, seca, como cuando le quiso dar la teta a su hijo en esa noche mágica.

Se fue a seguir viviendo y en lo posible disfrutando, aunque más sosegadamente. Solo de una cosa estaba segura en ese momento, si volviera a tener la oportunidad cuando vieja de recomenzar otra vida aunque fuera con un cuerpo muy joven, no la aceptaría. Comprendía que la renovación era necesaria y tenía la esperanza, por primera vez, de que no todo lo que pareciera una ilusión lo fuera. Y quizás finalmente, en algún momento, aunque más no fuera por un segundo, pudiera volver a ver a su hijo una vez más.

